

# LA VIDA ES SUEÑO

# PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

# PRIMER ACTO

Personajes

ROSAURA, dama

SEGISMUNDO, príncipe

CLOTALDO, viejo

ESTRELLA, infanta

CLARÍN, gracioso

BASILIO, rey de Polonia

ASTOLFO, infante

GUARDIAS

SOLDADOS

MÚSICOS

PRIMER ACTO

(En las montañas de Polonia)

Salen en lo alto de un monte ROSAURA, en hábito de hombre, de camino, y en representado los primeros versos va bajando

ROSAURA: Hipogrifo violento

 que corriste parejas con el viento,

 ¿dónde, rayo sin llama,

 pájaro sin matiz, pez sin escama,

 y bruto sin instinto

 natural, al confuso laberinto

 de esas desnudas peñas

 te desbocas, te arrastras y despeñas?

 Quédate en este monte,

 donde tengan los brutos su Faetonte;

 que yo, sin más camino

 que el que me dan las leyes del destino,

 ciega y desesperada

 bajaré la cabeza enmarañada

 de este monte eminente,

 que arruga al sol el ceño de su frente.

 Mal, Polonia, recibes

 a un extranjero, pues con sangre escribes

 su entrada en tus arenas,

 y apenas llega, cuando llega a penas;

 bien mi suerte lo dice;

 mas ¿dónde halló piedad un infelice?

Sale CLARÍN, gracioso

CLARÍN: Di dos, y no me dejes

 en la posada a mí cuando te quejes;

 que si dos hemos sido

 los que de nuestra patria hemos salido

 a probar aventuras,

 dos los que entre desdichas y locuras

 aquí habemos llegado,

 y dos los que del monte hemos rodado,

 ¿no es razón que yo sienta

 meterme en el pesar, y no en la cuenta?

ROSAURA: No quise darte parte

 en mis quejas, Clarín, por no quitarte,

 llorando tu desvelo,

 el derecho que tienes al consuelo.

 Que tanto gusto había

 en quejarse, un filósofo decía,

 que, a trueco de quejarse,

 habían las desdichas de buscarse.

CLARÍN: El filósofo era

 un borracho barbón; ¡oh, quién le diera

 más de mil bofetadas!

 Quejárase después de muy bien dadas.

 Mas ¿qué haremos, señora,

 a pie, solos, perdidos y a esta hora

 en un desierto monte,

 cuando se parte el sol a otro horizonte?

ROSAURA: ¡Quién ha visto sucesos tan extraños!

 Mas si la vista no padece engaños

 que hace la fantasía,

 a la medrosa luz que aun tiene el día,

 me parece que veo

 un edificio.

CLARÍN: O miente mi deseo,

 o termino las señas.

ROSAURA: Rústico nace entre desnudas peñas

 un palacio tan breve

 que el sol apenas a mirar se atreve;

 con tan rudo artificio

 la arquitectura está de su edificio,

 que parece, a las plantas

 de tantas rocas y de peñas tantas

 que al sol tocan la lumbre,

 peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARÍN: Vámonos acercando;

 que éste es mucho mirar, señora, cuando

 es mejor que la gente

 que habita en ella, generosamente

 nos admita.

ROSAURA: La puerta

 -mejor diré funesta boca- abierta

 está, y desde su centro

 nace la noche, pues la engendra dentro.

Suena ruido de cadenas

CLARÍN: ¿Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA: Inmóvil bulto soy de fuego y hielo.

CLARÍN: ¿Cadenita hay que suena?

 Mátenme, si no es galeote en pena.

 Bien mi temor lo dice.

Dentro SEGISMUNDO

SEGISMUNDO: ¡Ay, mísero de mí, y ay infelice!

ROSAURA: ¡Qué triste vos escucho!

 Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARÍN: Yo con nuevos temores.

ROSAURA: Clarín...

CLARÍN: ¿Señora...?

ROSAURA: Huyamos los rigores

 de esta encantada torre.

CLARÍN: Yo aún no tengo

 ánimo de huír, cuando a eso vengo.

ROSAURA: ¿No es breve luz aquella

 caduca exhalación, pálida estrella,

 que en trémulos desmayos

 pulsando ardores y latiendo rayos,

 hace más tenebrosa

 la obscura habitación con luz dudosa?

 Sí, pues a sus reflejos

 puedo determinar, aunque de lejos,

 una prisión obscura;

 que es de un vivo cadáver sepultura;

 y porque más me asombre,

 en el traje de fiera yace un hombre

 de prisiones cargado

 y sólo de la luz acompañado.

 Pues huír no podemos,

 desde aquí sus desdichas escuchemos.

 Sepamos lo que dice.

Descúbrese SEGISMUNDO con una cadena y la luz vestido de pieles

SEGISMUNDO: ¡Ay mísero de mí, y ay infelice!

 Apurar, cielos, pretendo,

 ya que me tratáis así,

 qué delito cometí

 contra vosotros naciendo.

 Aunque si nací, ya entiendo

 qué delito he cometido;

 bastante causa ha tenido

 vuestra justicia y rigor,

 pues el delito mayor

 del hombre es haber nacido.

 Sólo quisiera saber

 para apurar mis desvelos

 -dejando a una parte, cielos,

 el delito del nacer-,

 ¿qué más os pude ofender,

 para castigarme más?

 ¿No nacieron los demás?

 Pues si los demás nacieron,

 ¿qué privilegios tuvieron

 que no yo gocé jamás?

 Nace el ave, y con las galas

 que le dan belleza suma,

 apenas es flor de pluma,

 o ramillete con alas,

 cuando las etéreas salas

 corta con velocidad,

 negándose a la piedad

 del nido que dejan en calma;

 ¿y teniendo yo más alma,

 tengo menos libertad?

 Nace el bruto, y con la piel

 que dibujan manchas bellas,

 apenas signo es de estrellas

 -gracias al docto pincel-,

 cuando, atrevido y cruel,

 la humana necesidad

 le enseña a tener crueldad,

 monstruo de su laberinto;

 ¿y yo, con mejor instinto,

 tengo menos libertad?

 Nace el pez, que no respira,

 aborto de ovas y lamas,

 y apenas bajel de escamas

 sobre las ondas se mira,

 cuando a todas partes gira,

 midiendo la inmensidad

 de tanta capacidad

 como le da el centro frío;

 ¿y yo, con más albedrío,

 tengo menos libertad?

 Nace el arroyo, culebra

 que entre flores se desata,

 y apenas sierpe de plata,

 entre las flores se quiebra,

 cuando músico celebra

 de las flores la piedad

 que le dan la majestad

 del campo abierto a su huída;

 ¿y teniendo yo más vida,

 tengo menos libertad?

 En llegando a esta pasión,

 un volcán, un Etna hecho,

 quisiera sacar del pecho

 pedazos del corazón.

 ¿Qué ley, justicia o razón

 negar a los hombres sabe

 privilegios tan süave

 excepción tan principal,

 que Dios le ha dado a un cristal,

 a un pez, a un bruto y a un ave?

ROSAURA: Temor y piedad en mí

 sus razones han causado.

SEGISMUNDO: ¿Quién mis voces ha escuchado?

 ¿Es Clotaldo?

CLARÍN: Di que sí.

ROSAURA: No es sino un triste, ¡ay de mí!,

 que en estas bóvedas frías

 oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO: Pues la muerte te daré

 porque no sepas que sé

 que sabes flaquezas mías.

 Sólo porque me has oído,

 entre mis membrudos brazos

 te tengo de hacer pedazos.

CLARÍN: Yo soy sordo, y no he podido

 escucharte.

ROSAURA: Si has nacido

 humano, baste el postrarme

 a tus pies para librarme.

SEGISMUNDO: Tu voz pudo enternecerme,

 tu presencia suspenderme,

 y tu respeto turbarme.

 ¿Quién eres? Que aunque yo aquí

 tan poco del mundo sé,

 que cuna y sepulcro fue

 esta torre para mí;

 y aunque desde que nací

 -si esto es nacer- sólo advierto

 eres rústico desierto

 donde miserable vivo,

 siendo un esqueleto vivo,

 siendo un animado muerte.

 Y aunque nunca vi ni hablé

 sino a un hombre solamente

 que aquí mis desdichas siente,

 por quien las noticias sé

 del cielo y tierra; y aunque

 aquí, por que más te asombres

 y monstruo humano me nombres,

 este asombros y quimeras,

 soy un hombre de las fieras

 y una fiera de los hombres.

 Y aunque en desdichas tan graves,

 la política he estudiado,

 de los brutos enseñado,

 advertido de las aves,

 y de los astros süaves

 los círculos he medido,

 tú sólo, tú has suspendido

 la pasión a mis enojos,

 la suspensión a mis ojos,

 la admiración al oído.

 Con cada vez que te veo

 nueva admiración me das,

 y cuando te miro más,

 aun más mirarte deseo.

 Ojos hidrópicos creo

 que mis ojos deben ser;

 pues cuando es muerte el beber,

 beben más, y de esta suerte,

 viendo que el ver me da muerte,

 estoy muriendo por ver.

 Pero véate yo y muera;

 que no sé, rendido ya,

 si el verte muerte me da,

 el no verte ¿qué me diera?

 Fuera más que muerte fiera,

 ira, rabia y dolor fuerte

 fuera vida. De esta suerte

 su rigor he ponderado,

 pues dar vida a una desdichado

 es dar a un dichoso muerte.

ROSAURA: Con asombro de mirarte,

 con admiración de oírte,

 ni sé qué pueda decirte,

 ni qué pueda preguntarte;

 sólo diré que a esta parte

 hoy el cielo me ha guïado

 para haberme consolado,

 si consuelo puede ser

 del que es desdichado, ver

 a otro que es más desdichado.

 Cuentan de un sabio que un día

 tan pobre y mísero estaba,

 que sólo se sustentaba

 de unas yerbas que comía.

 ¿Habrá otro -entre sí decía-

 más pobre y triste que yo?

 Y cuando el rostro volvió,

 halló la respuesta, viendo

 que iba otro sabio cogiendo

 las hojas que él arrojó.

 Quejoso de la fortuna

 yo en este mundo vivía,

 y cuando entre mí decía:

 ¿Habrá otra persona alguna

 de suerte más importuna?,

 piadoso me has respondido;

 pues volviendo en mi sentido,

 hallo que las penas mías,

 para hacerlas tú alegrías

 las hubieras recogido.

 Y por si acaso mis penas

 pueden aliviarte en parte,

 óyelas atento, y toma

 las que de ellas no sobraren.

 Yo soy...

Dentro CLOTALDO

CLOTALDO: Guardas de esta torre,

 que, dormidas o cobardes,

 disteis paso a dos personas

 que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA: Nueva confusión padezco.

SEGISMUNDO: Éste es Clotaldo, mi alcalde.

 ¿Aun no acaban mis desdichas?

CLOTALDO: Acudid, y vigilantes,

 sin que puedan defenderse,

 o prendedles o matadles.

TODOS: ¡Traición!

CLARÍN: Guardas de esta torre,

 que entrar aquí nos dejasteis,

 pues que nos dais a escoger,

 el prendernos es más fácil.

Sale CLOTALDO con pistola y soldados, todos con los rostros cubiertos

CLOTALDO: Todos os cubrid los rostros;

 que es diligencia importante

 mientras estamos aquí

 que no nos conozca nadie.

CLARÍN: ¿Enmascaraditos hay?

CLOTALDO: ¡Oh vosotros que, ignorantes

 de aqueste vedado sitio,

 coto y término pasasteis

 contra el decreto del rey,

 que manda que no ose nadie

 examinar el prodigio

 que entre estos peñascos yace!

 Rendid las armas y vidas,

 o aquesta pistola, áspid

 de metal, escupirá

 el veneno penetrante

 de dos balas, cuyo fuego

 será escándalo del aire.

SEGISMUNDO: Primero, tirano dueño,

 que los ofendas y agravies,

 será mi vida despojo

 de estos lazos miserables;

 pues en ellos, ¡vive Dios!,

 tengo de despedazarme

 con las manos, con los dientes,

 entre aquestas peñas, antes

 que su desdicha consienta

 y que llore sus ultrajes.

CLOTALDO: Si sabes que tus desdichas,

 Segismundo, son tan grandes,

 que antes de nacer moriste

 por ley del cielo; si sabes

 que aquestas prisiones son

 de tus furias arrogantes

 un freno que las detenga

 y una rienda que las pare,

 ¿por qué blasonas? La puerta

 cerrad de esa estrecha cárcel;

 escondedle en ella.

Ciérranle la puerta, y dice dentro

SEGISMUNDO: ¡Ah, cielos,

 qué bien hacéis en quitarme

 la libertad; porque fuera

 contra vosotros gigante,

 que para quebrar al sol

 esos vidrios y cristales,

 sobre cimientos de piedra

 pusiera montes de jaspe!

CLOTALDO: Quizá porque no los pongas,

 hoy padeces tantos males.

ROSAURA: Ya que vi que la soberbia

 te ofendió tanto, ignorante

 fuera en no pedirte humilde

 vida que a tus plantas yace.

 Muévate en mí la piedad;

 que será rigor notable,

 que no hallen favor en ti

 ni soberbias ni humildades.

CLARÍN: Y si Humildad y Soberbia

 no te obligan, personajes

 que han movido y removido

 mil autos sacramentales,

 yo, ni humilde ni soberbio,

 sino entre las dos mitades

 entreverado, te pido

 que nos remedies y ampares.

CLOTALDO: ¡Hola!

SOLDADOS: Señor...

CLOTALDO: A los dos

 quitad las armas, y atadles

 los ojos, porque no vean

 cómo ni de dónde salen.

ROSAURA: Mi espada es ésta, que a ti

 solamente ha de entregarse,

 porque, al fin, de todos eres

 el principal, y no sabe

 rendirse a menos valor.

CLARÍN: La mía es tal, que puede darse

 al más ruín. Tomadla vos.

ROSAURA: Y si he de morir, dejarte

 quiero, en fe de esta piedad,

 prenda que pudo estimarse

 por el dueño que algún día

 se la ciñó; que la guardes

 te encargo, porque aunque yo

 no sé qué secreto alcance,

 sé que esta dorada espada

 encierra misterios grandes,

 pues sólo fïado en ella

 vengo a Polonia a vengarme

 de un agravio.

CLOTALDO: ¡Santos cielos! (Aparte)

 ¿Qué es esto? Ya son más graves

 mis penas y confusiones,

 mis ansias y mis pesares).

 ¿Quién te la dio?

ROSAURA: Una mujer.

CLOTALDO: ¿Cómo se llama?

ROSAURA: Que calle

 su nombre es fuerza.

CLOTALDO: ¿De qué

 infieres agora, o sabes,

 que hay secreto en esta espada?

ROSAURA: Quien me la dio, dijo: "Parte

 a Polonia, y solicita

 con ingenio, estudio o arte,

 que te vean esa espada

 los nobles y principales;

 que yo sé que alguno de ellos

 te favorezca y ampare;"

 que, por si acaso era muerto,

 no quiso entonces nombrarle.

CLOTALDO: ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho? (Aparte)

 Aún no sé determinarme

 si tales sucesos son

 ilusiones o verdades.

 Esta espada es la que yo

 dejé a la hermosa Violante,

 por señas que el que ceñida

 la trujera había de hallarme

 amoroso como hijo

 y piadoso como padre.

 ¿Pues qué he de hacer, ¡ay de mí!,

 en confusión semejante,

 si quien la trae por favor,

 para su muerte la trae,

 pues que sentenciado a muerte

 llega a mis pies? ¡Qué notable

 confusión! ¡Qué triste hado!

 ¡Qué suerte tan inconstante!

 Éste es mi hijo, y las señas

 dicen bien con las señales

 del corazón, que por verle

 llama al pecho y en él bate

 las alas, y no pudiendo

 romper los candados, hace

 lo que aquel que está encerrado,

 y oyendo ruido en la calle

 se arroja por la ventana,

 y él así, como no sabe

 lo que pasa, y oye el ruido,

 va a los ojos a asomarse,

 que son ventanas del pecho

 por donde en lágrimas sale.

 ¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo!

 ¿Qué he de hacer? Porque llevarle

 al rey, es llevarle, ¡ay triste!,

 a morir. Pues ocultarle

 al rey, no puedo, conforme

 a la ley del homenaje.

 De una parte el amor propio,

 y la lealtad de otra parte

 me rinden. Pero ¿qué dudo?

 La lealtad del rey, ¿no es antes

 que la vida y que el honor?

 Pues ella vida y él falte.

 Fuera de que, si agora atiendo

 a que dijo que a vengarse

 viene de un agravio, hombre

 que está agraviado es infame.

 No es mi hijo, no es mi hijo,

 ni tiene mi noble sangre.

 Pero si ya ha sucedido

 un peligro, de quien nadie

 se libró, porque el honor

 es de materia tan frágil

 que con una acción se quiebra,

 o se mancha con un aire,

 ¿qué más puede hacer, qué más

 el que es noble, de su parte,

 que a costa de tantos riesgos

 haber venido a buscarle?

 Mi hijo es, mi sangre tiene,

 pues tiene valor tan grande;

 y así, entre una y otra duda

 el medio más importante

 es irme al rey y decirle

 que es mi hijo que le mate.

 Quizá la misma piedad

 de mi honor podrá obligarle;

 y si le merezco vivo,

 yo le ayudaré a vengarse

 de su agravio, mas si el rey,

 en sus rigores constante,

 le da muerte, morirá

 sin saber que soy su padre).

 Venid conmigo, extranjeros,

 no temáis, no, de que os falte

 compañía en las desdichas;

 pues en duda semejante

 de vivir o de morir

 no sé cuáles son más grandes.

Vanse todos

(En el palacio real)

Sale por una puerta ASTOLFO con acompañamiento de soldados, y por otra ESTRELLA con damas. Suena música.

ASTOLFO: Bien al ver los excelentes

 rayos, que fueron cometas,

 mezclan salvas diferentes

 las cajas y las trompetas,

 los pájaros y las fuentes;

 siendo con música igual,

 y con maravilla suma,

 a tu vista celestial

 unos, clarines de pluma,

 y otras, aves de metal;

 y así os saludan, señora,

 como a su reina las balas,

 los pájaros como a Aurora,

 las trompetas como a Palas

 y las flores como a Flora;

 porque sois, burlando el día

 que ya la noche destierra,

 Aurora, en el alegría,

 Flora en paz, Palas en guerra,

 y reina en el alma mía.

ESTRELLA: Si la voz se ha de medir

 con las acciones humanas,

 mal habéis hecho en decir

 finezas tan cortesanas,

 donde os pueda desmentir

 todo ese marcial trofeo

 con quien ya atrevida lucho;

 pues no dicen, según creo,

 las lisonjas que os escucho,

 con los rigores que veo.

 Y advertid que es baja acción,

 que sólo a una fiera toca,

 madre de engaño y traición,

 el halagar con la boca

 y matar con la intención.

ASTOLFO: Muy mal informado estáis,

 Estrella, pues que la fe

 de mis finezas dudáis,

 y os suplico que me oigáis

 la causa, a ver si la sé.

 Falleció Eustorgio Tercero,

 rey de Polonia; quedó

 Basilio por heredero,

 y dos hijas, de quien yo

 y vos nacimos. No quiero

 cansar con lo que no tiene

 lugar aquí, Clorilene,

 vuestra madre y mi señora,

 que en mejor imperio agora

 dosel de luceros tiene,

 fue la mayor, de quien vos

 sois hija; fue la segunda,

 madre y tía de los dos,

 la gallarda Recisunda,

 que guarde mil años Dios;

 casó en Moscovia; de quien

 nací yo. Volver agora

 al otro principio es bien.

 Basilio, que ya, señora,

 se rinde al común desdén

 del tiempo, más inclinado

 a los estudios que dado

 a mujeres, enviudó

 sin hijos, y vos y yo

 aspiramos a este estado.

 Vos alegáis que habéis sido

 hija de hermana mayor;

 yo, que varón he nacido,

 y aunque de hermana menor,

 os debo ser preferido.

 Vuestra intención y la mía

 a nuestro tío contamos;

 él respondió que quería

 componernos, y aplazarnos

 este puesto y este día.

 Con esta intención salí

 de Moscovia y de su tierra;

 con ésta llegué hasta aquí,

 en vez de haceros yo guerra

 a que me la hagáis a mí.

 ¡Oh!, quiera Amor, sabio dios,

 que el vulgo, astrólogo cierto,

 hoy lo sea con los dos,

 y que pare este concierto

 en que seáis reina vos,

 pero reina en mi albedrío.

 Dándoos, para más honor,

 su corona nuestro tío,

 sus triunfos vuestro valor

 y su imperio el amor mío.

ESTRELLA: A tan cortés bizarría

 menos mi pecho no muestra,

 pues la imperial monarquía,

 para sólo hacerla vuestra

 me holgara que fuese mía;

 aunque no está satisfecho

 mi amor de que sois ingrato,

 si en cuanto decís sospecho

 que os desmiente ese retrato

 que está pendiente del pecho.

ASTOLFO: Satisfaceros intento

 con él... Mas lugar no da

 tanto sonoro instrumento,

 que avisa que sale ya

 el rey con su parlamento.

Tocan y sale el rey BASILIO, viejo y acompañamiento

ESTRELLA: Sabio Tales...

ASTOLFO: Docto Euclides...

ESTRELLA: ...que entre signos...

ASTOLFO: ...que entre estrellas...

ESTRELLA: ...hoy gobiernas...

ASTOLFO: ...hoy resides...

ESTRELLA: ...y sus caminos...

ASTOLFO: ...sus huellas...

ESTRELLA: ...describes...

ASTOLFO: ...tasas y mides...

ESTRELLA: ...deja que en humildes lazos...

ASTOLFO: ...deja que en tiernos abrazos...

ESTRELLA: ...hiedra de ese tronco sea.

ASTOLFO: ...rendido a tus pies me vea.

BASILIO: Sobrinos, dadme los brazos,

 y creed, pues que leales

 a mi precepto amoroso

 venís con afectos tales,

 que a nadie deje quejoso

 y los dos quedéis iguales;

 y así, cuando me confieso

 rendido al prolijo peso,

 sólo os pido en la ocasión

 silencio, que admiración

 ha de pedirla el suceso.

 Ya sabéis -estadme atentos,

 amados sobrinos míos,

 corte ilustre de Polonia,

 vasallo, deudos y amigos--,

 ya sabéis que yo en el mundo

 por mi ciencia he merecido

 el sobrenombre de docto,

 pues, contra el tiempo y olvido,

 los pinceles de Timantes,

 los mármoles de Lisipo,

 en el ámbito del orbe

 me aclaman el gran Basilio.

 Ya sabéis que son las ciencias

 que más curso y más estimo,

 matemáticas sutiles,

 por quien al tiempo le quito,

 por quien a la fama rompo

 la jurisdicción y oficio

 de enseñar más cada día;

 pues, cuando en mis tablas miro

 presentes las novedades

 de los venideros siglos,

 le gano al tiempo las gracias

 de contar lo que yo he dicho.

 Esos círculos de nieve,

 esos doseles de vidrio

 que el sol ilumina a rayos,

 que parte la luna a giros;

 esos orbes de diamantes,

 esos globos cristalinos

 que las estrellas adornan

 y que campean los signos,

 son el estudio mayor

 de mis años, son los libros

 donde en papel de diamante,

 en cuadernos de zafiros,

 escribe con líneas de oro,

 en caracteres distintos,

 el cielo nuestros sucesos

 ya adversos o ya benignos.

 Éstos leo tan veloz,

 que con mi espíritu sigo

 sus rápidos movimientos

 por rumbos o por caminos.

 ¡Pluguiera al cielo, primero

 que mi ingenio hubiera sido

 de sus márgenes comento

 y de sus hojas registro,

 hubiera sido mi vida

 el primero desperdicio

 de sus iras, y que en ellas

 mi tragedia hubiera sido;

 porque de los infelices

 aun el mérito es cuchillo,

 que a quien le daña el saber

 homicida es de sí mismo!

 Dígalo yo, aunque mejor

 lo dirán sucesos míos,

 para cuya admiración

 otra vez silencio os pido.

 En Clorilene, mi esposa,

 tuve un infelice hijo,

 en cuyo parto los cielos

 se agotaron de prodigios.

 Antes que a la luz hermosa

 le diese el sepulcro vivo

 de un vientre -porque el nacer

 y el morir son parecidos-,

 su madre infinitas veces,

 entre ideas y delirios

 del sueño, vio que rompía

 sus entrañas, atrevido,

 un monstruo en forma de hombre,

 y entre su sangre teñido,

 le daba muerte, naciendo

 víbora humana del siglo.

 Llegó de su parto el día,

 y los presagios cumplidos

 -porque tarde o nunca son

 mentirosos los impíos-,

 nació en horóscopo tal,

 que el sol, en su sangre tinto,

 entraba sañudamente

 con la luna en desafío;

 y siendo valla la tierra,

 los dos faroles divinos

 a luz entera luchaban,

 ya que no a brazo partido.

 El mayor, el más horrendo

 eclipse que ha padecido

 el sol, después que con sangre

 lloró la muerte de Cristo,

 éste fue, porque anegado

 el orbe entre incendios vivos,

 presumió que padecía

 el último parosismo;

 los cielos se escurecieron,

 temblaron los edificios,

 llovieron piedras las nubes,

 corrieron sangre los ríos.

 En este mísero, en este

 mortal planeta o signo,

 nació Segismundo, dando

 de su condición indicios,

 pues dio la muerte a su madre,

 con cuya fiereza dijo:

 "Hombre soy, pues que ya empiezo

 a pagar mal beneficios."

 Yo, acudiendo a mis estudios,

 en ellos y en todo miro

 que Segismundo sería

 el hombre más atrevido,

 el príncipe más crüel

 y el monarca más impío,

 por quien su reino vendría

 a ser parcial y diviso,

 escuela de las traiciones

 y academia de los vicios;

 y él, de su furor llevado,

 entre asombros y delitos,

 había de poner en mí

 las plantas, y yo, rendido,

 a sus pies me había de ver

 -¡con qué congoja lo digo!-

 siendo alfombra de sus plantas

 las canas del rostro mío.

 ¿Quién no da crédito al daño,

 y más al daño que ha visto

 en su estudio, donde hace

 el amor propio su oficio?

 Pues dando crédito yo

 a los hados, que adivinos

 me pronosticaban daños

 en fatales vaticinios,

 determiné de encerrar

 la fiera que había nacido,

 por ver si el sabio tenía

 en las estrellas dominio.

 Publicóse que el infante

 nació muerto, y prevenido

 hice labrar una torre

 entre las peñas y riscos

 de esos montes, donde apenas

 la luz ha hallado camino,

 por defenderle la entrada

 sus rústicos obeliscos.

 Las graves penas y leyes,

 que con públicos editos

 declararon que ninguno

 entrase a un vedado sitio

 del monte, se ocasionaron

 de las causas que os he dicho.

 Allí Segismundo vive

 mísero, pobre y cautivo,

 adonde sólo Clotaldo

 le ha hablado, tratado y visto.

 Éste le ha enseñado ciencias;

 éste en la ley le ha instruído

 católica, siendo solo

 de sus miserias testigo.

 Aquí hay tres cosas: La una

 que yo, Polonia, os estimo

 tanto, que os quiero librar

 de la opresión y servicio

 de un rey tirano, porque

 no fuera señor benigno

 el que a su patria y su imperio

 pusiera en tanto peligro.

 La otra es considerar

 que si a mi sangre le quito

 el derecho que le dieron

 humano fuero y divino,

 no es cristiana caridad;

 pues ninguna ley ha dicho

 que por reservar yo a otro

 de tirano y de atrevido,

 pueda yo serlo, supuesto

 que si es tirano mi hijo,

 porque él delito no haga,

 vengo yo a hacer los delitos.

 Es la última y tercera

 el ver cuánto yerro ha sido

 dar crédito fácilmente

 a los sucesos previstos;

 pues aunque su inclinación

 le dicte sus precipicios,

 quizá no le vencerán,

 porque el hado más esquivo,

 la inclinación más violenta,

 el planeta más impío,

 sólo el albedrío inclinan,

 no fuerzan el albedrío.

 Y así, entre una y otra causa

 vacilante y discursivo,

 previne un remedio tal,

 que os suspenda los sentidos.

 Yo he de ponerle mañana,

 sin que él sepa que es mi hijo

 y rey vuestro, a Segismundo,

 que aqueste su nombre ha sido,

 en mi dosel, en mi silla,

 y en fin, en el lugar mío,

 donde os gobierne y os mande,

 y donde todos rendidos

 la obediencia le juréis;

 pues con aquesto consigo

 tres cosas, con que respondo

 a las otras tres que he dicho.

 Es la primera, que siendo

 prudente, cuerdo y benigno,

 desmintiendo en todo al hado

 que de él tantas cosas dijo,

 gozaréis el natural

 príncipe vuestro, que ha sido

 cortesano de unos montes

 y de sus fieras vecino.

 Es la segunda, que si él,

 soberbio, osado, atrevido

 y cruel, con rienda suelta

 corre el campo de sus vicios,

 habré yo, piadoso, entonces

 con mi obligación cumplido;

 y luego en desposeerle

 haré como rey invicto,

 siendo el volverle a la cárcel

 no crueldad, sino castigo.

 Es la tercera, que siendo

 el príncipe como os digo,

 por lo que os amo, vasallos,

 os daré reyes más dignos

 de la corona y el cetro;

 pues serán mis dos sobrinos

 que junto en uno el derecho

 de los dos, y convenidos

 con la fe del matrimonio,

 tendrá lo que han merecido.

 Esto como rey os mando,

 esto como padre os pido,

 esto como sabio os ruego,

 esto como anciano os digo;

 y si el Séneca español,

 que era humilde esclavo, dijo,

 de su república un rey,

 como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO: Si a mí responder me toca,

 como el que, en efecto, ha sido

 aquí el más interesado,

 en nombre de todos digo,

 que Segismundo parezca,

 pues le basta ser tu hijo.

TODOS: Danos al príncipe nuestro,

 que ya por rey le pedimos.

BASILIO: Vasallos, esa fineza

 os agradezco y estimo.

 Acompañad a sus cuartos

 a los dos atlantes míos,

 que mañana le veréis.

TODOS: ¡Viva el grande rey Basilio!

Vanse todos. Antes que se va el rey BASILIO, sale CLOTALDO, ROSAURA, CLARÍN, y detiénese el rey

CLOTALDO: ¿Podréte hablar?

BASILIO: ¡Oh, Clotaldo!,

 tú seas muy bien venido.

CLOTALDO: Aunque viniendo a tus plantas

 es fuerza el haberlo sido,

 esta vez rompe, señor,

 el hado triste y esquivo

 el privilegio a la ley

 y a la costumbre el estilo.

BASILIO: ¿Qué tienes?

CLOTALDO: Una desdicha,

 señor, que me ha sucedido,

 cuando pudiera tenerla

 por el mayor regocijo.

BASILIO: Prosigue.

CLOTALDO: Este bello joven,

 osado o inadvertido,

 entró en la torre, señor,

 adonde al príncipe ha visto,

 y es...

BASILIO: No te aflijas, Clotaldo;

 si otro día hubiera sido,

 confieso que lo sintiera;

 pero ya el secreto he dicho,

 y no importa que él los sepa,

 supuesto que yo lo digo.

 Vedme después, porque tengo

 muchas cosas que advertiros

 y muchas que hagáis por mí;

 que habéis de ser, os aviso,

 instrumento del mayor

 suceso que el mundo ha visto;

 y a esos presos, porque al fin

 no presumáis que castigo

 descuidos vuestros, perdono.

Vase el rey BASILIO

CLOTALDO: ¡Vivas, gran señor, mil siglos!

 (Mejoró el cielo la suerte. Aparte

 Ya no diré que es mi hijo,

 pues que lo puedo excusar).

 Extranjeros peregrinos,

 libres estáis.

ROSAURA: Tus pies beso

 mil veces.

CLARÍN: Y yo los piso,

 que una letra más o menos

 no reparan dos amigos.

ROSAURA: La vida, señor, me das dado;

 y pues a tu cuenta vivo,

 eternamente seré

 esclavo tuyo.

CLOTALDO: No ha sido

 vida la que yo te he dado;

 porque un hombre bien nacido,

 si está agraviado, no vive;

 y supuesto que has venido

 a vengarte de un agravio,

 según tú propio me has dicho,

 no te he dado vida yo,

 porque tú no la has traído;

 que vida infame no es vida.

 (Bien con aquesto le animo). Aparte

ROSAURA: Confieso que no la tengo,

 aunque de ti la recibo;

 pero yo con la venganza

 dejaré mi honor tan limpio,

 que pueda mi vida luego,

 atropellando peligros,

 parecer dádiva tuya.

CLOTALDO: Toma el acero bruñido

 que trujiste; que yo sé

 que él baste, en sangre teñido

 de tu enemigo, a vengarte;

 porque acero que fue mío

 -digo este instante, este rato

 que en mi poder le he tenido-,

 sabrá vengarte.

ROSAURA: En tu nombre

 segunda vez me le ciño.

 Y en él juro mi venganza,

 aunque fuese mi enemigo

 más poderoso.

CLOTALDO: ¿Eslo mucho?

ROSAURA: Tanto, que no te lo digo,

 no porque de tu prudencia

 mayores cosas no fío,

 sino porque no se vuelva

 contra mí el favor que admiro

 en tu piedad.

CLOTALDO: Antes fuera

 ganarme a mí con decirlo;

 pues fuera cerrarme el paso

 de ayudar a tu enemigo.

 (¡Oh, si supiera quién es!) Aparte

ROSAURA: Porque no pienses que estimo

 tan poco esa confïanza,

 sabe que el contrario ha sido

 no menos que Astolfo, duque

 de Moscovia.

CLOTALDO: (Mal resisto Aparte

 el dolor, porque es más grave,

 que fue imaginado, visto.

 Apuremos más el caso).

 Si moscovita has nacido,

 el que es natural señor,

 mal agraviarte ha podido;

 vuélvete a tu patria, pues,

 y deja el ardiente brío

 que te despeña.

ROSAURA: Yo sé

 que aunque mi príncipe ha sido

 pudo agraviarme.

CLOTALDO: No pudo,

 aunque pusiera, atrevido,

 la mano en tu rostro. (¡Ay, cielos!)

ROSAURA: Mayor fue el agravio mío.

CLOTALDO: Dilo ya, pues que no puedes

 decir más que yo imagino.

ROSAURA: Sí dijera; mas no sé

 con qué respeto te miro,

 con qué afecto te venero,

 con qué estimación te asisto,

 que no me atrevo a decirte

 que es este exterior vestido

 enigma, pues no es de quien

 parece. Juzga advertido,

 si no soy lo que parezco

 y Astolfo a casarse vino

 con Estrella, si podrá

 agraviarme. Harto te he dicho.

Vanse ROSAURA y CLARÍN

CLOTALDO: ¡Escucha, aguarda, detente!

 ¿Qué confuso laberinto

 es éste, donde no puede

 hallar la razón el hilo?

 Mi honor es el agraviado,

 poderoso el enemigo,

 yo vasallo, ella mujer;

 descubra el cielo camino;

 aunque no sé si podrá,

 cuando, en tan confuso abismo,

 es todo el cielo un presagio,

 y es todo el mundo un prodigio.

Vase CLOTALDO

FIN DEL PRIMER ACTO

# SEGUNDO ACTO

(En el palacio real)

Salen el rey BASILIO y CLOTALDO

CLOTALDO: Todo, como lo mandaste,

 queda efectuado.

BASILIO: Cuenta,

 Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO: Fue, señor, de esta manera:

 con la apacible bebida

 que de confecciones llena

 hacer mandaste, mezclando

 la virtud de algunas hierbas,

 cuyo tirano poder

 y cuya secreta fuerza

 así el humano discurso

 priva, roba y enajena,

 que deja vivo cadáver

 a un hombre, y cuya violencia,

 adormecido, le quita

 los sentidos y potencias...

 No tenemos que argüir

 que aquesto posible sea,

 pues tantas veces, señor,

 nos ha dicho la experiencia,

 y es cierto, que de secretos

 naturales, está llena

 la medicina, y no hay

 animal, planta ni piedra

 que no tenga calidad

 determinada, y si llega

 a examinar mil venenos

 la humana malicia nuestra

 que den la muerte, ¿qué mucho

 que, templada su violencia,

 pues hay venenos que maten,

 haya venenos que aduerman?

 Dejando aparte el dudar,

 si es posible que suceda,

 pues que ya queda probado

 con razones y evidencias...

 Con la bebida, en efeto,

 que el opio, la adormidera

 y el beleño, compusieron,

 bajé a la cárcel estrecha

 de Segismundo; con él

 hablé un rato de las letras

 humanas, que le ha enseñado

 la muda naturaleza

 de los montes y los cielos,

 en cuya divina escuela

 la retórica aprendió

 de las aves y las fieras.

 Para levantarle más

 el espíritu a la empresa

 que solicitas, tomé

 por asunto la presteza

 de una águila caudalosa,

 que despreciando la esfera

 del viento, pasaba a ser,

 en las regiones supremas

 del fuego, rayo de pluma,

 o desasido cometa.

 Encarecí el vuelo altivo

 diciendo: "Al fin eres reina

 de las aves, y así, a todas

 es justo que te prefieras."

 Él no hubo menester más;

 que en tocando esta materia

 de la majestad, discurre

 con ambición y soberbia;

 porque, en efecto, la sangre

 le incita, mueve y alienta

 a cosas grandes, y dijo:

 "¡Que en la república inquieta

 de las aves también haya

 quien les jure la obediencia!

 En llegado a este discurso,

 mis desdichas me consuelan;

 pues, por lo menos, si estoy

 sujeto, lo estoy por fuerza;

 porque voluntariamente

 a otro hombre no me rindiera."

 Viéndole ya enfurecido

 con esto, que ha sido el tema

 de su dolor, le brindé

 con la pócima, y apenas

 pasó desde el vaso al pecho

 el licor, cuando las fuerzas

 rindió al sueño, discurriendo

 por los miembros y las venas

 un sudor frío, de modo

 que, a no saber yo que era

 muerte fingida, dudara

 de su vida. En esto llegan

 las gentes de quien tú fías

 el valor de esta experiencia,

 y poniéndole en un coche,

 hasta tu cuarto le llevan,

 donde prevenida estaba

 la majestad y grandeza

 que es digna de su persona.

 Allí en tu cama le acuestan,

 donde al tiempo que el letargo

 haya perdido la fuerza,

 como a ti mismo, señor,

 le sirvan, que así lo ordenas.

 Y si haberte obedecido

 te obliga a que yo merezca

 galardón, sólo te pido

 -perdona mi inadvertencia-

 que me digas, ¿qué es tu intento,

 trayendo de esta manera

 a Segismundo a palacio?

BASILIO: Clotaldo, muy justa es esa

 duda que tienes, y quiero

 sólo a vos satisfacerla.

 A Segismundo, mi hijo,

 el influjo de su estrella,

 -vos lo sabéis-, amenaza

 mil desdichas y tragedias;

 quiero examinar si el cielo

 -que no es posible que mienta,

 y más habiéndonos dado

 de su rigor tantas muestras,

 en su cruel condición-

 o se mitiga, o se templa

 por lo menos, y, vencido,

 con valor y con prudencia

 se desdice; porque el hombre

 predomina en las estrellas.

 Esto quiero examinar,

 trayéndole donde sepa

 que es mi hijo, y donde haga

 de su talento la prueba.

 Si magnánimo se vence,

 reinará; pero si muestra

 el ser cruel y tirano,

 le volveré a su cadena.

 Agora preguntarás,

 que para aquesta experiencia,

 ¿qué importó haberle traído

 dormido de esta manera?

 Y quiero satisfacerte,

 dándote a todo respuesta.

 Si él supiera que es mi hijo

 hoy, y mañana se viera

 segunda vez reducido

 a su prisión y miseria,

 cierto es de su condición

 que desesperara en ella;

 porque, sabiendo quién es,

 ¿qué consuelo habrá que tenga?

 Y así he querido dejar

 abierta al daño esta puerta

 del decir que fue soñado

 cuanto vio. Con esto llegan

 a examinarse dos cosas;

 su condición, la primera;

 pues él despierto procede

 en cuanto imagina y piensa;

 y en consuelo, la segunda,

 pues, aunque agora se vea

 obedecido, y después

 a sus prisiones se vuelva,

 podrá entender que soñó,

 y hará bien cuando lo entienda;

 porque en el mundo, Clotaldo,

 todos lo que viven sueñan.

CLOTALDO: Razones no me faltaran

 para probar que no aciertas;

 mas ya no tiene remedio;

 y, según dicen las señas,

 parece que ha despertado

 y hacia nosotros se acerca.

BASILIO: Yo me quiero retirar;

 tú, como ayo suyo, llega,

 y de tantas confusiones

 como su discurso cercan,

 le saca con la verdad.

CLOTALDO: ¿En fin, que me das licencia

 para que lo diga?

BASILIO: Sí;

 que podrá ser, con saberla,

 que, conocido el peligro,

 más fácilmente se venza.

Vase el rey BASILIO y sale CLARÍN

CLARÍN: (A costa de cuatro palos, Aparte

 que el llegar aquí me cuesta,

 de un alabardero rubio

 que barbó de su librea,

 tengo de ver cuanto pasa;

 que no hay ventana más cierta

 que aquella que, sin rogar

 a un ministro de boletas,

 un hombre se trae consigo;

 pues para todas las fiestas,

 despojado y despejado

 se asoma a su desvergüenza).

CLOTALDO: (Éste es Clarín, el criado Aparte

 de aquélla, ¡ay cielos!, de aquélla

 que, tratante de desdichas,

 pasó a Polonia mi afrenta).

 Clarín, ¿qué hay de nuevo?

CLARÍN: Hay,

 señor, que tu gran clemencia,

 dispuesta a vengar agravios

 de Rosaura, la aconseja

 que tome su propio traje.

CLOTALDO: Y es bien, por que no parezca

 liviandad.

CLARÍN: Hay, que mudando

 su nombre, y tomando, cuerda,

 nombre de sobrina tuya,

 hoy tanto honor se acrecienta,

 que dama en palacio ya

 de la singular Estrella

 vive.

CLOTALDO: Es bien que de una vez

 tome su honor por mi cuenta.

CLARÍN: Hay, que ella se está esperando

 que ocasión y tiempo venga

 en que vuelvas por su honor.

CLOTALDO: Prevención segura es ésa;

 que, al fin, el tiempo ha de ser

 quien haga esas diligencias.

CLARÍN: Hay, que ella está regalada,

 servida como una reina,

 en fe de sobrina tuya.

 Y hay, que viniendo con ella,

 estoy yo muriendo de hambre

 y nadie de mí se acuerda,

 sin mirar que soy Clarín,

 y que si el tal Clarín suena,

 podrá decir cuanto pasa

 al rey, a Astolfo y a Estrella;

 porque Clarín y crïado

 son dos cosas que se llevan

 con el secreto muy mal;

 y podrá ser, si me deja

 el silencio de su mano,

 se cante por mí esta letra:

 "Clarín que rompe el albor,

 no suena mejor."

CLOTALDO: Tu queja está bien fundada;

 yo satisfaré tu queja,

 y en tanto, sírveme a mí.

CLARÍN: Pues ya Segismundo llega.

Salen músicos cantando, y criados dando de vestir a SEGISMUNDO, que sale como asombrado

SEGISMUNDO: ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?

 ­Válgame el cielo! ¿Qué miro?

 Con poco espanto lo admiro,

 con mucha duda lo creo.

 ¿Yo en palacios suntuosos?

 ¿Yo entre telas y brocados?

 ¿Yo cercado de criados

 tan lucidos y briosos?

 ¿Yo despertar de dormir

 en lecho tan excelente?

 ¿Yo en medio de tanta gente

 que me sirva de vestir?

 ¡Decir que es sueño es engaño!

 Bien sé que despierto estoy.

 ¿Yo Segismundo no soy?

 Dadme, cielos, desengaño.

 Decidme, ¿qué pudo ser

 esto que a mi fantasía

 sucedió mientras dormía,

 que aquí me he llegado a ver?

 Pero sea lo que fuere,

 ¿Quién me mete en discurrir?

 Dejarme quiero servir,

 y venga lo que viniere.

CRIADO 2: ¡Qué melancólico está!

CRIADO 1: Pues a quién le sucediera

 esto, que no lo estuviera?

CLARÍN: A mí.

CRIADO 2: Llega a hablarle ya.

CRIADO 1: ¿Volverán a cantar?

SEGISMUNDO: No.

 No quiero que canten más.

CRIADO 2: Como tan suspenso estás,

 quise divertirte.

SEGISMUNDO: Yo

 no tengo de divertir

 con sus voces mis pesares;

 las músicas militares

 sólo he gustado de oír.

CLOTALDO: Vuestra alteza, gran señor,

 me dé su mano a besar,

 que el primero le ha de dar

 esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO: (Clotaldo es. Pues, ¿cómo así Aparte

 quien en prisión me maltrata,

 con tal respeto me trata?

 ¿Qué es lo que pasa por mí?)

CLOTALDO: Con la grande confusión

 que el nuevo estado te da,

 mil dudas padecerá

 el discurso y la razón;

 pero ya librarte quiero

 de todas, si puede ser,

 porque has, señor, de saber

 que eres príncipe heredero

 de Polonia. Si has estado

 retirado y escondido,

 por obedecer ha sido

 a la inclemencia del hado,

 que mil tragedias consiente

 a este imperio, cuando en él

 el soberano laurel

 corone tu augusta frente.

 Mas, fiando a tu atención

 que vencerás las estrellas,

 porque es posible vencellas

 a un magnánimo varón,

 a palacio te han traído

 de la torre en que vivías,

 mientras al sueño tenías

 el espíritu rendido.

 Tu padre, el rey mi señor,

 vendrá a verte, y de él sabrás,

 Segismundo, lo demás.

SEGISMUNDO: Pues, vil, infame, traidor,

 ¿qué tengo más que saber,

 después de saber quien soy,

 para mostrar desde hoy

 mi soberbia y mi poder?

 ¿Cómo a tu patria le has hecho

 tal traición, que me ocultaste

 a mí pues que me negaste,

 contra razón y derecho,

 este estado?

CLOTALDO: ¡Ay de mí, triste!

SEGISMUNDO: Traidor fuiste con la ley,

 lisonjero con el rey,

 y cruel conmigo fuiste.

 Y así el rey, la ley y yo,

 entre desdichas tan fieras,

 te condenan a que mueras

 a mis manos.

CRIADO 2: ¡Señor!...

SEGISMUNDO: No

 me estorbe nadie, que es vana

 diligencia. ¡Y vive Dios!

 Si os ponéis delante vos,

 que os eche por la ventana.

CRIADO 1: Huye Clotaldo.

CLOTALDO: ¡Ay de ti,

 que soberbia vas mostrando

 sin saber que están soñando!

Vase CLOTALDO

CRIADO 2: Advierte...

SEGISMUNDO: Apartad de aquí.

CRIADO 2: ...que a su rey obedeció.

SEGISMUNDO: En lo que no es justa ley

 no ha de obedecer al rey;

 y su príncipe era yo.

CRIADO 2: Él no debió examinar

 si era bien hecho o mal hecho.

SEGISMUNDO: Que estáis mal con vos sospecho,

 pues me dais que replicar.

CLARÍN: Dice el príncipe muy bien,

 y vos hicisteis muy mal.

CRIADO 1: ¿Quién os dio licencia igual?

CLARÍN: Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO: ¿Quién

 eres tú, di?

CLARÍN: Entremetido.

 Y de este oficio soy jefe,

 porque soy el mequetrefe

 mayor que se ha conocido.

SEGISMUNDO: Tú sólo en tan nuevos mundos

 me has agradado.

CLARÍN: Señor,

 soy un grande agradador

 de todos los Segismundos.

Sale ASTOLFO

ASTOLFO: ¡Feliz mil veces el día,

 oh príncipe, que os mostráis

 sol de Polonia, y llenáis

 de resplandor y alegría

 todos estos horizontes

 con tan divino arrebol;

 pues que salís como el sol

 de debajo de los montes!

 Salid, pues, y aunque tan tarde

 se corona vuestra frente

 del laurel resplandeciente,

 tarde muera.

SEGISMUNDO: Dios os guarde.

ASTOLFO: El no haberme conocido

 sólo por disculpa os doy

 de no honrarme más. Yo soy

 Astolfo. Duque he nacido

 de Moscovia, y primo vuestro.

 Haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO: Si digo que os guarde Dios,

 ¿bastante agrado no os muestro?

 Pero ya que, haciendo alarde

 de quien sois, de esto os quejáis,

 otra vez que me veáis,

 le diré a Dios que no os guarde.

CRIADO 2: Vuestra alteza considere

 que como en montes nacido

 con todos ha procedido,

 Astolfo, señor, prefiere...

SEGISMUNDO: Cansóme como llegó

 grave a hablarme, y lo primero

 que hizo, se puso el sombrero.

CRIADO 1: Es grande.

SEGISMUNDO: Mayor soy yo.

CRIADO 2: Con todo eso, entre los dos

 que haya más respeto es bien

 que entre los demás.

SEGISMUNDO: ¿Y quién

 os mete conmigo a vos?

Sale ESTRELLA

ESTRELLA: Vuestra alteza, señor, sea

 muchas veces bien venido

 al dosel que agradecido

 le recibe y le desea;

 adonde, a pesar de engaños,

 viva augusto y eminente,

 donde su vida se cuente

 por siglos, y no por años.

SEGISMUNDO: Dime tú agora, ¿quién es

 esta beldad soberana?

 ¿Quién es esta diosa humana,

 a cuyos divinos pies

 postra el cielo su arrebol?

 ¿Quién es esta mujer bella?

CLARÍN: Es, señor, tu prima Estrella.

SEGISMUNDO: Mejor dijeras el sol.

 Aunque el parabién es bien

 darme del bien que conquisto,

 de sólo haberos hoy visto

 os admito el parabién;

 y así, de llegarme a ver

 con el bien que no merezco,

 el parabién agradezco.

 Estrella, que amanecer

 podéis, y dar alegría,

 al más luciente farol,

 ¿qué dejáis que hacer al sol,

 si os levantáis con el día?

 Dadme a besar vuestra mano,

 en cuya copa de nieve

 el aura candores bebe.

ESTRELLA: Sed más galán cortesano.

ASTOLFO: (Si él toma la mano, yo Aparte

 soy perdido).

CRIADO 2: (El pesar sé Aparte

 de Astolfo, y le estorbaré).

 Advierte, señor, que no

 es justo atreverte así,

 y estando Astolfo...

SEGISMUNDO: ¿No digo

 que vos no os metáis conmigo?

CRIADO 2: Digo lo que es justo.

SEGISMUNDO: A mí

 todo eso me causa enfado;

 nada me parece justo

 en siendo contra mi gusto.

CRIADO 2: Pues yo, señor, he escuchado

 de ti que en lo justo es bien

 obedecer y servir.

SEGISMUNDO: ¿También oíste decir

 que por un balcón, a quien

 me canse, sabré arrojar?

CRIADO 2: Con los hombres como yo

 no puede hacerse eso.

SEGISMUNDO: ¿No?

 ¡Por Dios que lo he de probar!

Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, y torna a salir

ASTOLFO: ¿Qué es esto que llego a ver?

ESTRELLA: Llegad todos a ayudar.

SEGISMUNDO: Cayó del balcón al mar;

 ¡vive Dios, que pudo ser!

ASTOLFO: Pues medid con más espacio

 vuestras acciones severas,

 que lo que hay de hombres a fieras,

 hay desde un monte a palacio.

SEGISMUNDO: Pues en dando tan severo

 en hablar con entereza,

 quizá no hallaréis cabeza

 en que se os tenga el sombrero.

Vase ASTOLFO y sale el rey BASILIO

BASILIO: ¿Qué ha sido esto?

SEGISMUNDO: Nada ha sido.

 A un hombre que me ha cansado,

 de ese balcón he arrojado.

CLARÍN: Que es el rey está advertido.

BASILIO: ¿Tan presto? ¿Una vida cuesta

 tu venida el primer día?

SEGISMUNDO: Díjome que no podía

 hacerse, y gané la apuesta.

BASILIO: Pésame mucho que cuando,

 príncipe, a verte he venido,

 pensado hallarte advertido,

 de hados y estrellas triunfando,

 con tanto rigor te vea,

 y que la primera acción

 que has hecho en esta ocasión,

 un grave homicidio sea.

 ¿Con qué amor llegar podré

 a darte agora mis brazos,

 si de sus soberbios lazos,

 que están enseñados sé

 a dar muertes? ¿Quién llegó

 a ver desnudo el puñal

 que dio una herida mortal,

 que no temiese? ¿Quién vio

 sangriento el lugar, adonde

 a otro hombre dieron muerte,

 que no sienta? Que el más fuerte

 a su natural responde.

 Yo así, que en tus brazos miro

 de esta muerte el instrumento,

 y miro el lugar sangriento,

 de tus brazos me retiro;

 y aunque en amorosos lazos

 ceñir tu cuello pensé,

 sin ellos me volveré,

 que tengo miedo a tus brazos.

SEGISMUNDO: Sin ellos me podré estar

 como me he estado hasta aquí;

 que un padre que contra mí

 tanto rigor sabe usar,

 que con condición ingrata

 de su lado me desvía,

 como a una fiera me cría,

 y como a un monstruo me trata

 y mi muerte solicita,

 de poca importancia fue

 que los brazos no me dé,

 cuando el ser de hombre me quita.

BASILIO: Al cielo y a Dios pluguiera

 que a dártele no llegara;

 pues ni tu voz escuchara,

 ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO: Si no me le hubieras dado,

 no me quejara de ti;

 pero una vez dado, sí,

 por habérmele quitado;

 que aunque el dar la acción es

 más noble y más singular,

 es mayor bajeza el dar,

 para quitarlo después.

BASILIO: ¡Bien me agradeces el verte

 de un humilde y pobre preso,

 príncipe ya!

SEGISMUNDO: Pues en eso,

 ¿qué tengo que agradecerte?

 Tirano de mi albedrío,

 si viejo y caduco estás,

 ¿muriéndote, qué me das?

 ¿Dasme más de lo que es mío?

 Mi padre eres y mi rey;

 luego toda esta grandeza

 me da la naturaleza

 por derechos de su ley.

 Luego, aunque esté en este estado,

 obligado no te quedo,

 y pedirte cuentas puedo

 del tiempo que me has quitado

 libertad, vida y honor;

 y así, agradéceme a mí

 que yo no cobre de ti,

 pues eres tú mi deudor.

BASILIO: Bárbaro eres y atrevido;

 cumplió su palabra el cielo;

 y así, para el mismo apelo,

 soberbio desvanecido.

 Y aunque sepas ya quién eres,

 y desengañado estés,

 y aunque en un lugar te ves

 donde a todos te prefieres,

 mira bien lo que te advierto:

 que seas humilde y blando,

 porque quizá estás soñando,

 aunque ves que estás despierto.

Vase el rey BASILIO

SEGISMUNDO: ¿Que quizá soñando estoy,

 aunque despierto me veo?

 No sueño, pues toco y creo

 lo que he sido y lo que soy.

 Y aunque agora te arrepientas,

 poco remedio tendrás;

 sé quién soy, y no podrás

 aunque suspires y sientas,

 quitarme el haber nacido

 de esta corona heredero;

 y si me viste primero

 a las prisiones rendido,

 fue porque ignoré quién era;

 pero ya informado estoy

 de quién soy y sé que soy

 un compuesto de hombre y fiera.

Sale ROSAURA, dama

ROSAURA: (Siguiendo a Estrella vengo, Aparte

 y gran temor de hallar a Astolfo tengo;

 que Clotaldo desea

 que no sepa quién soy, y no me vea,

 porque dice que importa al honor mío;

 y de Clotaldo fío

 su efecto, pues le debo, agradecida,

 aquí el amparo de mi honor y vida).

CLARÍN ¿Qué es lo que te ha agradado

 más de cuanto hoy has visto y admirado?

SEGISMUNDO: Nada me ha suspendido,

 que todo lo tenía prevenido;

 mas, si admirar hubiera

 algo en el mundo, la hermosura fuera

 de la mujer. Leía

 una vez en los libros que tenía

 que lo que a Dios mayor estudio debe,

 era el hombre, por ser un mundo breve;

 mas ya que lo es recelo

 la mujer, pues ha sido un breve cielo;

 y más beldad encierra

 que el hombre, cuanto va de cielo a tierra.

 ¡Y más di es la que miro!

ROSAURA: (El príncipe está aquí; yo me retiro).

SEGISMUNDO: Oye, mujer, detente;

 no juntes el ocaso y el oriente

 huyendo al primer paso;

 que juntos el oriente y el ocaso,

 la lumbre y sombra fría,

 serás, sin duda, síncopa del día.

 ¿Pero qué es lo que veo?

ROSAURA: Lo mismo que estoy viendo, dudo y creo.

SEGISMUNDO: (Yo he visto esta belleza Aparte

 otra vez).

ROSAURA: (Yo esta pompa, esta grandeza Aparte

 he visto reducida

 a una estrecha prisión).

SEGISMUNDO: (Ya hallé mi vida). Aparte

 Mujer, que aqueste nombre

 es el mejor requiebro para el hombre,

 ¿quién eres? Que sin verte

 adoración me debes, y de suerte

 por la fe te conquisto,

 que me persuado a que otra vez te he visto.

 ¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA: (Disimular me importa). Aparte

 Soy de Estrella

 una infelice dama.

SEGISMUNDO: No digas tal; di el sol, a cuya llama

 aquella estrella vive,

 pues de tus rayos resplandor recibe;

 yo vi en reino de olores

 que presidía entre comunes flores

 la deidad de la rosa,

 y era su emperatriz por más hermosa;

 yo vi entre piedras finas

 de la docta academia de sus minas

 preferir el diamante,

 y ser su emperador por más brillante;

 yo en esas cortes bellas

 de la inquieta república de estrellas,

 vi en el lugar primero

 por rey de las estrellas el lucero;

 yo en esferas perfetas,

 llamando el sol a cortes los planetas,

 le vi que presidía

 como mayor oráculo del día.

 ¿Pues cómo, si entre flores, entre estrellas,

 piedras, signos, planetas, las más bellas

 prefieren, tú has servido

 la de menos beldad, habiendo sido

 por más bella y hermosa,

 sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

Sale CLOTALDO

CLOTALDO: (A Segismundo reducir deseo, Aparte

 porque, en fin, le he criado; mas ¿qué veo?)

ROSAURA: Tu favor reverencio.

 Respóndote retórico el silencio;

 cuando tan torpe la razón se halla,

 mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO: No has de ausentarte, espera.

 ¿Cómo quieres dejar de esa manera

 a escuras mi sentido?

ROSAURA: Esta licencia a vuestra alteza pido.

SEGISMUNDO: Irte con tal violencia

 no es pedir, es tomarte la licencia.

ROSAURA: Pues si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO: Harás que de cortés pase a grosero,

 porque la resistencia

 es veneno crüel de mi paciencia.

ROSAURA: Pues cuando ese veneno,

 de furia, de rigor y saña lleno,

 la paciencia venciera,

 mi respeto no osara, ni pudiera.

SEGISMUNDO: Sólo por ver si puedo,

 harás que pierda a tu hermosura el miedo;

 que soy muy inclinado

 a vencer lo imposible; hoy he arrojado

 de ese balcón a un hombre, que decía

 que hacerse no podía;

 y así, por ver si puedo, cosa es llana

 que arrojaré tu honor por la ventana.

CLOTALDO: (Mucho se va empeñando. Aparte

 ¿Qué he de hacer, cielos, cuando

 tras un loco deseo

 mi honor segunda vez a riesgo veo?)

ROSAURA: No en vano prevenía

 a este reino infeliz tu tiranía

 escándalos tan fuertes

 de delitos, traiciones, iras, muertes.

 ¿Mas, qué ha de hacer un hombre

 que de humano no tiene más que el nombre?

 ¡Atrevido, inhumano,

 cruel, soberbio, bárbaro y tirano,

 nacido entre las fieras!

SEGISMUNDO: Porque tú ese baldón no me dijeras,

 tan cortés me mostraba,

 pensando que con eso te obligaba;

 mas, si lo soy hablando de este modo,

 has de decirlo, vive Dios, por todo.

 -¡Hola, dejadnos solos, y esa puerta

 se cierre, y no entre nadie!

Vase CLARÍN

ROSAURA: (Yo soy muerta). Aparte

 Advierte...

SEGISMUNDO: Soy tirano,

 y ya pretendes reducirme en vano.

CLOTALDO: (¡Oh, qué lance tan fuerte! Aparte

 Saldré a estorbarlo, aunque me dé la muerte).

 Señor, atiende, mira.

SEGISMUNDO: Segunda vez me has provocado a ira,

 viejo caduco y loco.

 ¿Mi enojo y rigor tienes en poco?

 ¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO: De los acentos de esta voz llamado

 a decirte que seas

 más apacible, si reinar deseas;

 y no, por verte ya de todos dueño,

 seas cruel, porque quizá es un sueño.

SEGISMUNDO: A rabia me provocas,

 cuando la luz del desengaño tocas.

 Veré, dándote muerte,

 si es sueño o si es verdad.

Al ir a sacar la daga, se la tiene CLOTALDO y se arrodilla

CLOTALDO: Yo de esta suerte

 librar mi vida espero.

SEGISMUNDO: Quita la osada mano del acero.

CLARÍN: Hasta que gente venga,

 que tu rigor y cólera detenga,

 no he de soltarte.

ROSAURA: ¡Ay cielos!

SEGISMUNDO: ¡Suelta, digo!

 Caduco, loco, bárbaro, enemigo,

 o será de esta suerte:

 el darte agora entre mis brazos muerte.

Luchan

ROSAURA: Acudid todos presto,

 que matan a Clotaldo.

Vase ROSAURA. Sale ASTOLFO a tiempo que cae CLOTALDO a sus pies, y él se pone en medio

ASTOLFO: ¿Pues, qué es esto,

 príncipe generoso?

 ¿Así se mancha acero tan brïoso

 en una sangre helada?

 Vuelva a la vaina tu lucida espada.

SEGISMUNDO: En viéndola teñida

 en esa infame sangre.

ASTOLFO: Ya su vida

 tomó a mis pies sagrado;

 y de algo ha servirme haber llegado.

SEGISMUNDO: Sírvate de morir, pues de esta suerte

 también sabré vengarme, con tu muerte,

 de aquel pasado enojo.

ASTOLFO: Yo defiendo

 mi vida; así la majestad no ofendo.

Sacan las espadas, y sale el rey BASILIO y ESTRELLA

CLOTALDO: No le ofendas, señor.

BASILIO: ¿Pues, aquí espadas?

ESTRELLA: (¡Astolfo es, ay de mí, penas airadas!)

BASILIO: ¿Pues, qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO: Nada, señor, habiendo tú llegado.

Envainan

SEGISMUNDO: Mucho, señor, aunque hayas tú venido;

 yo a ese viejo matar he pretendido.

BASILIO: Respeto no tenías

 a estas canas?

CLOTALDO: Señor, ved que son mías;

 que no importa veréis.

SEGISMUNDO: Acciones vanas,

 querer que tengo yo respeto a canas;

 pues aun ésas podría

 ser que viese a mis plantas algún día;

 porque aun no estoy vengado

 del modo injusto con que me has crïado.

Vase SEGISMUNDO

BASILIO: Pues antes que lo veas,

 volverás a dormir adonde creas

 que cuanto te ha pasado,

 como fue bien del mundo, fue soñado.

Vase el rey BASILIO y CLOTALDO; quedan ESTRELLA y ASTOLFO

ASTOLFO: ¿Qué pocas veces el hado

 que dice desdichas, miente,

 pues es tan cierto en los males,

 cuanto dudoso en los bienes?

 ­¡Qué buen astrólogo fuera,

 si siempre casos crüeles

 anunciara; pues no hay duda

 que ellos fueran verdad siempre!

 Conocerse esa experiencia

 en mí y Segismundo puede,

 Estrella, pues en los dos

 hizo muestras diferentes.

 En él previno rigores,

 soberbias, desdichas, muertes,

 y en todo dijo verdad,

 porque todo, al fin, sucede;

 pero en mí, que al ver, señora,

 esos rayos excelentes,

 de quien el sol fue una sombra

 y el cielo un amago breve,

 que me previno venturas,

 trofeos, aplausos, bienes,

 dijo mal, y dijo bien;

 pues sólo es justo que acierte

 cuando amaga con favores,

 y ejecuta con desdenes.

ESTRELLA: No dudo que esas finezas

 son verdades evidentes;

 mas serán por otra dama,

 cuyo retrato pendiente

 trujisteis al cuello cuando

 llegasteis, Astolfo, a verme;

 y siendo así, esos requiebros

 ella sola los merece.

 Acudid a que ella os pague,

 que no son buenos papeles

 en el consejo de amor

 las finezas ni las fees

 que se hicieron en servicio

 de otras damas y otros reyes.

Sale ROSAURA al paño

ROSAURA: (¡Gracias a Dios, que han llegado Aparte

 ya mis desdichas crüeles

 al término suyo, pues

 quien esto ve nada teme!)

ASTOLFO: Yo haré que el retrato salga

 del pecho, para que entre

 la imagen de tu hermosura.

 Donde entre Estrella no tiene

 lugar la sombra, ni estrella

 donde el sol; voy a traerle.

 (Perdona, Rosaura hermosa, Aparte

 este agravio, porque ausentes,

 no se guardan más fe que ésta

 los hombres y las mujeres).

Vase ASTOLFO

ROSAURA: (Nada he podido escuchar, Aparte

 temerosa que me viese).

ESTRELLA: ¡Astrea!

ROSAURA: ¿Señora mía?

ESTRELLA: Heme holgado que tú fueses

 la que llegaste hasta aquí;

 porque de ti solamente

 fiara un secreto.

ROSAURA: Honras,

 señora, a quien te obedece.

ESTRELLA: En el poco tiempo, Astrea,

 que ya que te conozco, tienes

 de mi voluntad las llaves;

 por esto, y por ser quien eres,

 me atrevo a fiar de ti

 lo que aun de mí muchas veces

 recaté.

ROSAURA: Tu esclava soy.

ESTRELLA: Pues para decirlo en breve,

 mi primo Astolfo -bastara

 que mi primo te dijese,

 porque hay cosas que se dicen

 con pensarlas solamente-

 ha de casarse conmigo,

 si es que la fortuna quiere

 que con una dicha sola

 tantas desdichas descuente.

 Pesóme que el primer día

 echado al cuello trujese

 el retrato de una dama;

 habléle en él cortésmente,

 es galán y quiere bien;

 fue por él, y ha de traerle

 aquí. Embarázame mucho

 que él a mí a dármele llegue;

 quédate aquí, y cuando venga,

 le dirás que te lo entregue

 a ti. No te digo más;

 discreta y hermosa eres;

 bien sabrás lo que es amor.

Vase ESTRELLA

ROSAURA: ¡Ojalá no lo supiese!

 ¡Válgame el cielo! ¿Quién fuera

 tan atenta y tan prudente,

 que supiera aconsejarse

 hoy en ocasión tan fuerte?

 ¿Habrá persona en el mundo

 a quien el cielo inclemente

 con más desdichas combata

 y con más pesares cerque?

 ¿Qué haré en tantas confusiones,

 donde imposible parece

 que halle razón que me alivie,

 ni alivio que me consuele?

 Desde la primer desdicha,

 no hay suceso ni accidente

 que otra desdicha no sea;

 que unas a otras suceden

 herederas de sí mismas.

 A la imitación del Fénix,

 unas de las otras nacen,

 viviendo de lo que mueren,

 y siempre de sus cenizas

 está el sepulcro caliente.

 Que eran cobardes decía

 un sabio, por parecerle

 que nunca andaba una sola;

 yo digo que son valientes,

 pues siempre van adelante,

 y nunca la espalda vuelven.

 Quien las llevare consigo

 a todo podrá atreverse,

 pues en ninguna ocasión

 no haya miedo que le dejen.

 Dígalo yo, pues en tantas

 como a mi vida suceden,

 nunca me he hallado sin ellas,

 ni se han cansado hasta verme

 herida de la fortuna,

 en los brazos de la muerte.

 ¡Ay de mí! ¿Qué debo hacer

 hoy en la ocasión presente?

 Si digo quién soy, Clotaldo,

 a quien mi vida le debe

 este amparo y este honor,

 conmigo ofenderse puede;

 pues me dice que callando

 honor y remedio espere.

 Si no he de decir quién soy

 a Astolfo, y él llega a verme,

 ¿cómo he de disimular?

 Pues, aunque fingirlo intenten

 la voz, la lengua, y los ojos,

 les dirá el alma que mienten.

 ¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio

 lo que haré, si es evidente

 que por más que lo prevenga,

 que lo estudie y que lo piense,

 en llegando la ocasión

 ha de hacer lo que quisiere

 el dolor? Porque ninguno

 imperio en sus penas tiene.

 Y pues a determinar

 lo que he de hacer no se atreve

 el alma, llegue el dolor

 hoy a su término, llegue

 la pena a su extremo, y salga

 de dudas y pareceres

 de una vez; pero hasta entonces

 ¡valedme, cielos, valedme!

Sale ASTOLFO con el retrato

ASTOLFO: Éste es, señora, el retrato;

 mas ¡ay Dios!

ROSAURA: ¿Qué se suspende

 vuestra alteza? ¿Qué se admira?

ASTOLFO: De oírte, Rosaura, y verte.

ROSAURA: ¿Yo Rosaura? Hase engañado

 vuestra alteza, si me tiene

 por otra dama; que yo

 soy Astrea, y no merece

 mi humildad tan grande dicha

 que esa turbación le cueste.

ASTOLFO: Basta, Rosaura, el engaño,

 porque el alma nunca miente,

 y aunque como a Astrea te mire,

 como a Rosaura te quiere.

ROSAURA: No he entendido a vuestra alteza,

 y así, no sé responderle;

 sólo lo que yo diré

 es que Estrella -que lo puede

 ser de Venus- me mandó

 que en esta parte le espere,

 y de la suya le diga

 que aquel retrato me entregue

 -que está muy puesto en razón-,

 y yo misma se lo lleve.

 Estrella lo quiere así,

 porque aun las cosas más leves

 como sean en mi daño

 es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO: Aunque más esfuerzos hagas,

 ¡oh, qué mal, Rosaura, puedes

 disimular! Di a los ojos

 que su música concierten

 con la voz; porque es forzoso

 que desdiga y que disuene

 tan destemplado instrumento,

 que ajustar y medir quiere

 la falsedad de quien dice,

 con la verdad de quien siente.

ROSAURA: Ya digo que sólo espero

 el retrato.

ASTOLFO: Pues que quieres

 llevar al fin el engaño,

 con él quiero responderte.

 Dirásle, Astrea, a la infanta

 que yo la estimo de suerte,

 que, pidiéndome un retrato,

 poca fineza parece

 enviársele, y así,

 porque le estime y le precie

 le envío el original;

 y tú llevársele puedes,

 pues ya le llevas contigo,

 como a ti misma te lleves.

ROSAURA: Cuando un hombre se dispone,

 restado, altivo y valiente,

 a salir con una empresa

 aunque por trato le entreguen

 lo que valga más, sin ella

 necio y desairado vuelve.

 Yo vengo por un retrato

 y aunque un original lleve

 que vale más, volveré

 desairada; y así, déme

 vuestra alteza ese retrato,

 que sin él no he de volverme.

ASTOLFO: ¿Pues cómo, si no he de darle,

 le has de llevar?

ROSAURA: De esta suerte,

 suéltale, ingrato.

ASTOLFO: Es en vano.

ROSAURA: ¡Vive Dios, que no ha de verse

 en mano de otra mujer!

ASTOLFO: Terrible estás.

ROSAURA: Y tú aleve.

ASTOLFO: Ya basta, Rosaura mía.

ROSAURA: ¿Yo tuya, villano? Mientes.

Sale ESTRELLA

ESTRELLA: Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?

ASTOLFO: (Aquésta es Estrella). Aparte

ROSAURA: (Déme Aparte

 para cobrar mi retrato

 ingenio el Amor). Si quieres

 saber lo que es, yo, señora,

 te lo diré.

ASTOLFO: ¿Qué pretendes?

ROSAURA: Mandásteme que esperase

 aquí a Astolfo, y le pidiese

 un retrato de tu parte.

 Quedé sola, y como vienen

 de unos discursos a otros

 las noticias fácilmente,

 viéndote hablar de retratos,

 con su memoria acordéme

 de que tenía uno mío

 en la manga. Quise verle,

 porque una persona sola

 con locuras se divierte;

 cayóseme de la mano

 al suelo; Astolfo, que viene

 a entregarte el de otra dama,

 le levantó, y tan rebelde

 está en dar el que le pides,

 que en vez de dar uno, quiere

 llevar otro; pues el mío

 aun no es posible volverme,

 con ruegos y persuasiones;

 colérica e impaciente

 yo se le quise quitar.

 Aquél que en la mano tiene,

 es mío; tú lo verás

 con ver si se me parece.

ESTRELLA: Soltad, Astolfo, el retrato.

Quítasele

ASTOLFO: Señora...

ESTRELLA: No son crüeles,

 a la verdad, los matices.

ROSAURA: ¿No es mío?

ESTRELLA: ¿Qué duda tiene?

ROSAURA: Di que ahora te entregue el otro.

ESTRELLA: Tomas tu retrato, y vete.

ROSAURA: (Yo he cobrado mi retrato, Aparte

 venga ahora lo que viniere).

Vase ROSAURA

ESTRELLA: Dadme ahora el retrato vos

 que os pedí; que aunque no piense

 veros ni hablaros jamás,

 no quiero, no, que se quede

 en vuestro poder, siguiera

 porque yo tan neciamente

 le he pedido.

ASTOLFO: (¿Cómo puedo Aparte

 salir de lance tan fuerte?)

 Aunque quiera, hermosa Estrella,

 servirte y obedecerte,

 no podré darte el retrato

 que me pides, porque...

ESTRELLA: Eres

 villano y grosero amante.

 No quiero que me le entregues;

 porque yo tampoco quiero,

 con tomarle, que me acuerdes

 de que yo te le he pedido.

Vase ESTRELLA

ASTOLFO: Oye, escucha, mira, advierte.

 ¡Válgame Dios por Rosaura!

 ¿Dónde, cómo, o de qué suerte

 hoy a Polonia has venido

 a perderme y a perderte?

Vase ASTOLFO

(En la torre de SEGISMUNDO)

Descúbrese SEGISMUNDO, como al principio, con pieles y cadena, durmiendo en el suelo; salen CLOTALDO, CLARÍN y los dos criados

CLOTALDO: Aquí le habéis de dejar

 pues hoy su soberbia acaba

 donde empezó.

CRIADO 1: Como estaba,

 la cadena vuelvo a atar.

CLARÍN: No acabes de despertar,

 Segismundo, para verte

 perder, trocada la suerte

 siendo tu gloria fingida,

 una sombra de la vida

 y una llama de la muerte.

CLOTALDO: A quien sabe discurrir,

 así, es bien que se prevenga

 una estancia, donde tenga

 harto lugar de argüir.

 Éste es el que habéis de asir

 y en ese cuarto encerrar.

CLARÍN: ¿Por qué a mí?

CLOTALDO: Porque ha de estar

 guardado en prisión tan grave,

 Clarín que secretos sabe,

 donde no pueda sonar.

CLARÍN: ¿Yo, por dicha, solicito

 dar muerte a mi padre? No.

 ¿Arrojé del balcón yo

 al Icaro de poquito?

 ¿Yo muero ni resucito?

 ¿Yo sueño o duermo? ¿A qué fin

 me encierran?

CLOTALDO: Eres Clarín.

CLARÍN: Pues ya digo que seré

 corneta, y que callaré,

 que es instrumento ruín.

Llévanle a CLARÍN. Sale el rey BASILIO, rebozado

BASILIO: ¿Clotaldo?

CLOTALDO: ¡Señor! ¿Así

 viene vuestra majestad?

BASILIO: La necia curiosidad

 de ver lo que pasa aquí

 a Segismundo, ¡ay de mí!

 de este modo me ha traído.

CLOTALDO: Mírale allí, reducido

 a su miserable estado.

BASILIO: ¡Ay, príncipe desdichado

 y en triste punto nacido!

 Llega a despertarle, ya

 que fuerza y vigor perdió

 con el opio que bebió.

CLOTALDO: Inquieto, señor, está,

 y hablando.

BASILIO: ¿Qué soñará

 agora? Escuchemos, pues.

En sueños

SEGISMUNDO: Piadoso príncipe es

 el que castiga tiranos;

 muera Clotaldo a mis manos,

 bese mi padre mis pies.

CLOTALDO: Con la muerte me amenaza.

BASILIO: A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO: Quitarme la vida intenta.

BASILIO: Rendirme a sus plantas traza.

SEGISMUNDO: Salga a la anchurosa plaza

 del gran teatro del mundo

 este valor sin segundo;

 porque mi venganza cuadre,

 vean triunfar de su padre

 al príncipe Segismundo.

Despierta

SEGISMUNDO Mas, ¡ay de mí! ¿Dónde estoy?

BASILIO: Pues a mí no me ha de ver;

 ya sabes lo que has de hacer.

 Desde allí a escucharle voy.

Retírase el rey BASILIO

SEGISMUNDO: ¿Soy yo por ventura? ¿Soy

 el que preso y aherrojado

 llego a verme en tal estado?

 ¿No sois mi sepulcro vos,

 torre? Sí. ¡Válgame Dios,

 qué de cosas he soñado!

CLOTALDO: (A mí me toca llegar, Aparte

 a hacer la desecha agora).

SEGISMUNDO: ¿Es ya de despertar hora?

CLOTALDO: Sí, hora es ya de despertar.

 ¿Todo el día te has de estar

 durmiendo? ¿Desde que yo

 al águila que voló

 con tarda vista seguí

 y te quedaste tú aquí,

 nunca has despertado?

SEGISMUNDO: No.

 Ni aun agora he despertado;

 que según, Clotaldo, entiendo,

 todavía estoy durmiendo,

 y no estoy muy engañado;

 porque si ha sido soñado

 lo que vi palpable y cierto,

 lo que veo será incierto;

 y no es mucho que, rendido,

 pues veo estando dormido,

 que sueñe estando despierto.

CLOTALDO: Lo que soñaste me di.

SEGISMUNDO: Supuesto que sueño fue,

 no diré lo que soñé;

 lo que vi, Clotaldo, sí.

 Yo desperté, y yo me vi,

 -¡qué crueldad tan lisonjera!-

 en un lecho, que pudiera

 con matices y colores

 ser el catre de las flores

 que tejió la primavera.

 Aquí mil nobles, rendidos

 a mis pies nombre me dieron

 de su príncipe, y sirvieron

 galas, joyas y vestidos.

 La calma de mis sentidos

 tú trocaste en alegría,

 diciendo la dicha mía;

 que, aunque estoy de esta manera,

 príncipe en Polonia era.

CLOTALDO: Buenas albricias tendría.

SEGISMUNDO: No muy buenas; por traidor,

 con pecho atrevido y fuerte

 dos veces te daba muerte.

CLOTALDO: ¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO: De todos era señor,

 y de todos me vengaba;

 sólo a una mujer amaba...

 que fue verdad, creo yo,

 en que todo se acabó,

 y esto sólo no se acaba.

Vase el rey BASILIO

CLOTALDO: (Enternecido se ha ido Aparte

 el rey de haberle escuchado).

 Como habíamos hablado

 de aquella águila, dormido,

 tu sueño imperios han sido;

 mas en sueños fuera bien

 entonces honrar a quien

 te crió en tantos empeños,

 Segismundo, que aun en sueños

 no se pierde el hacer bien.

Vase CLOTALDO

SEGISMUNDO: Es verdad; pues reprimamos

 esta fiera condición,

 esta furia, esta ambición,

 por si alguna vez soñamos;

 y sí haremos, pues estamos

 en mundo tan singular,

 que el vivir sólo es soñar;

 y la experiencia me enseña

 que el hombre que vive, sueña

 lo que es, hasta despertar.

 Sueña el rey que es rey, y vive

 con este engaño mandando,

 disponiendo y gobernando;

 y este aplauso, que recibe

 prestado, en el viento escribe,

 y en cenizas le convierte

 la muerte, ¡desdicha fuerte!

 ¡Que hay quien intente reinar,

 viendo que ha de despertar

 en el sueño de la muerte!

 Sueña el rico en su riqueza,

 que más cuidados le ofrece;

 sueña el pobre que padece

 su miseria y su pobreza;

 sueña el que a medrar empieza,

 sueña el que afana y pretende,

 sueña el que agravia y ofende,

 y en este mundo, en conclusión,

 todos sueñan lo que son,

 aunque ninguno lo entiende.

 Yo sueño que estoy aquí

 de estas prisiones cargado,

 y soñé que en otro estado

 más lisonjero me vi.

 ¿Qué es la vida? Un frenesí.

 ¿Qué es la vida? Una ficción,

 una sombra, una ilusión,

 y el mayor bien es pequeño;

 que toda la vida es sueño,

 y los sueños, sueños son.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

# TERCER ACTO

TERCER ACTO

(En la torre)

Sale CLARÍN

CLARÍN: En una encantada torre,

 por lo que sé, vivo preso.

 ¿Qué me harán por lo que ignoro

 si por lo que sé me han muerto?

 ¡Que un hombre con tanta hambre

 viniese a morir viviendo!

 Lástima tengo de mí.

 Todos dirán: "bien lo creo;"

 y bien se puede creer,

 pues para mí este silencio

 no conforma con el nombre

 Clarín, y callar no puedo.

 Quien me hace compañía

 aquí, si a decirlo acierto,

 son arañas y ratones.

 ¡Miren qué dulces jilgueros!

 De los sueños de esta noche

 la triste cabeza tengo

 llena de mil chirimías,

 de trompetas y embelecos,

 de procesiones, de cruces,

 de disciplinantes; y éstos

 unos suben, otros bajan,

 otros se desmayan, viendo

 la sangre que llevan otros;

 mas yo, la verdad diciendo,

 de no comer me desmayo;

 que en esta prisión me veo,

 donde ya todos los días

 en el filósofo leo

 Nicomedes, y las noches

 en el concilio Niceno.

 Si llaman santo al callar,

 como en calendario nuevo

 San Secreto es para mí,

 pues le ayuno y no le huelgo;

 aunque está bien merecido

 el castigo que padezco,

 pues callé, siendo crïado,

 que es el mayor sacrilegio.

Ruido de cajas y gente, y dicen dentro

SOLDADO 1º: Ésta es la torre en que está.

 Echad la puerta en el suelo;

 entrad todos.

CLARÍN: ¡Vive Dios!

 Que a mí me buscan, es cierto,

 pues que dicen que aquí estoy.

 ¿Qué me querrán?

Salen los soldados que pudieren

SOLDADO 1º Entrad dentro.

SOLDADO 2º: Aquí está.

CLARÍN: No está.

TODOS: Señor...

CLARÍN: (¿Si vienen borrachos éstos?) Aparte

SOLDADO 2º: Tú nuestro príncipe eres.

 Ni admitimos ni queremos

 sino al señor natural,

 y no príncipe extranjero.

 A todos nos da los pies.

TODOS: ¡Viva el gran príncipe nuestro!

CLARÍN: (¡Vive Dios, que va de veras! Aparte

 ¿Si es costumbre en este reino

 prender uno cada día

 y hacerle príncipe, y luego

 volverle a la torre? Sí,

 pues cada día lo veo;

 fuerza es hacer mi papel).

TODOS: Danos tus plantas.

CLARÍN: No puedo,

 porque las he menester

 para mí, y fuera defecto

 ser príncipe desplantado.

SOLDADO 1º: Todos a tu padre mismo

 le dijimos que a ti solo

 por príncipe conocemos,

 no al de Moscovia.

CLARÍN: ¿A mi padre

 le perdisteis el respeto?

 Sois unos tales por cuales.

SOLDADO 1º: Fue lealtad de nuestros pechos.

CLARÍN: Si fue lealtad, yo os perdono.

SOLDADO 2º: Sal a restaurar tu imperio.

 ¡Viva Segismundo!

TODOS: ¡Viva!

CLARÍN: (¿Segismundo dicen? ¡Bueno! Aparte

 Segismundo llaman todos

 los príncipes contrahechos).

Sale SEGISMUNDO

SEGISMUNDO: ¿Quién nombra aquí a Segismundo?

CLARÍN: (¡Mas que soy príncipe huero!) Aparte

SOLDADO 2º: ¿Quién es Segismundo?

SEGISMUNDO: Yo.

SOLDADO 2º: ¿Pues, cómo, atrevido y necio,

 tú te hacías Segismundo?

CLARÍN: ¿Yo Segismundo? Eso niego,

 que vosotros fuisteis quien

 me segismundeasteis, luego

 vuestra ha sido solamente

 necedad y atrevimiento.

SOLDADO 1º: Gran príncipe Segismundo

 -que las señas que traemos

 tuyas son, aunque por fe

 te aclamamos señor nuestro-,

 tu padre, el gran rey Basilio,

 temeroso que los cielos

 cumplan un hado, que dice

 que ha de verse a tus pies puesto,

 vencido de ti, pretende

 quitarte acción y derecho

 y dársela a Astolfo, duque

 de Moscovia. Para esto

 juntó su corte, y el vulgo,

 penetrando ya, y sabiendo

 que tiene rey natural,

 no quiere que un extranjero

 venga a mandarle. Y así,

 haciendo noble desprecio

 de la inclemencia del hado,

 te ha buscado donde preso

 vives, para que valido

 de sus armas, y saliendo

 de esta torre a restaurar

 tu imperial corona y cetro,

 se la quites a un tirano.

 Sal, pues; que en ese desierto,

 ejército numeroso

 de bandidos y plebeyos

 te aclama. La libertad

 te espera. Oye sus acentos.

DENTRO: ¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO: ¿Otra vez? ¿Qué es esto cielos?

 ¿Queréis que sueñe grandezas

 que ha de deshacer el tiempo?

 ¿Otra vez queréis que vea

 entre sombras y bosquejos

 la majestad y la pompa

 desvanecida del viento?

 ¿Otra vez queréis que toque

 el desengaño o el riesgo

 a que el humano poder

 nace humilde y vive atento?

 Pues no ha de ser, no ha de ser.

 Miradme otra vez sujeto

 a mi fortuna; y pues sé

 que toda esta vida es sueño,

 idos, sombras, que fingís

 hoy a mis sentidos muertos

 cuerpo y voz, siendo verdad

 que ni tenéis voz ni cuerpo;

 que no quiero majestades

 fingidas, pompas no quiero,

 fantásticas ilusiones

 que al soplo menos ligero

 del aura han de deshacerse,

 bien como el florido almendro,

 que por madrugar sus flores,

 sin aviso y sin consejo,

 al primero soplo se apagan,

 marchitando y desluciendo

 de sus rosados capullos

 belleza, luz y ornamento.

 Ya os conozco, ya os conozco,

 y sé que os pasa lo mismo

 con cualquiera que se duerme;

 para mí no hay fingimientos;

 que, desengañado ya,

 sé bien que la vida es sueño.

SOLDADO 2º: Si piensas que te engañamos,

 vuelve a ese monte soberbio

 los ojos, para que veas

 la gente que aguarda en ellos

 para obedecerte.

SEGISMUNDO: Ya

 otra vez vi aquesto mesmo

 tan clara y distintamente

 como agora lo estoy viendo,

 y fue sueño.

SOLDADO 2º: Cosas grandes

 siempre, gran señor, trujeron

 anuncios; y esto sería,

 si lo soñaste primero.

SEGISMUNDO: Dices bien. Anuncio fue

 y caso que fuese cierto,

 pues la vida es tan corta,

 soñemos, alma, soñemos

 otra vez; pero ha de ser

 con atención y consejo

 de que hemos de despertar

 de este gusto al mejor tiempo;

 que llevándolo sabido,

 será el desengaño menos;

 que es hacer burla del daño

 adelantarle el consejo.

 Y con esta prevención,

 de que cuando fuese cierto,

 es todo el poder prestado

 y ha de volverse a su dueño,

 atrevámonos a todo.

 Vasallos, yo os agradezco

 la lealtad; en mí lleváis

 quien os libre, osado y diestro,

 de extranjera esclavitud.

 Tocad al arma, que presto

 veréis mi inmenso valor.

 Contra mi padre pretendo

 tomar armas, y sacar

 verdaderos a los cielos.

 Presto he de verle a mis plantas...

 (Mas si antes de esto despierto, Aparte

 ¿no será bien no decirlo,

 supuesto que no he de hacerlo?)

TODOS: ¡Viva Segismundo, viva!

Sale CLOTALDO

CLOTALDO: ¿Qué alboroto es éste, cielos?

SEGISMUNDO: Clotaldo.

CLOTALDO: Señor... (En mí Aparte

 su rigor prueba).

CLARÍN: (Yo apuesto Aparte

 que le despeña del monte).

Vase CLARÍN

CLOTALDO: A tus reales plantas llego,

 ya sé que a morir.

SEGISMUNDO: Levanta,

 levanta, padre, del suelo;

 que tú has de ser norte y guía

 de quien fíe mis aciertos;

 que ya sé que mi crianza

 a tu mucha lealtad debo.

 Dame los brazos.

CLOTALDO: ¿Qué dices?

SEGISMUNDO: Que estoy soñando, y que quiero

 obrar bien, pues no se pierde

 obrar bien, aun entre sueños.

CLOTALDO: Pues, señor, si el obrar bien

 es ya tu blasón, es cierto

 que no te ofenda el que yo

 hoy solicite lo mesmo.

 ¡A tu padre has de hacer guerra!

 Yo aconsejarte no puedo

 contra mi rey, ni valerte.

 A tus plantas estoy puesto;

 dame la muerte.

SEGISMUNDO: ¡Villano,

 traidor, ingrato! (Mas, ¡cielos!, Aparte

 reportarme me conviene,

 que aún no sé si estoy despierto).

 Clotaldo, vuestro valor

 os envidio y agradezco.

 Idos a servir al rey

 que en el campo nos veremos.

 Vosotros, tocad al arma.

CLOTALDO: Mil veces tus plantas beso.

SEGISMUNDO: A reinar, Fortuna, vamos;

 no me despiertes, si duermo,

 y si es verdad, no me duermas.

 Mas, sea verdad o sueño,

 obrar bien es lo que importa.

 Si fuere verdad, por serlo;

 si no, por ganar amigos

 para cuando despertemos.

Vanse y tocan al arma

(Salón del palacio real)

Salen el rey BASILIO y ASTOLFO

BASILIO: ¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente

 la furia de un caballo desbocado?

 ¿Quién detener de un río la corriente

 que corre al mar soberbio y despeñado?

 ¿Quién un peñasco suspender, valiente,

 de la cima de un monte desgajado?

 Pues todo fácil de parar ha sido

 y un vulgo no, soberbio y atrevido.

 Dígalo en bandos el rumor partido,

 pues se oye resonar en lo profundo

 de los montes el eco repetido;

 unos ¡Astolfo!, y otros ¡Segismundo!

 El dosel de la jura, reducido

 a segunda intención, a horror segundo,

 teatro funesto es, donde importuna

 representa tragedias la Fortuna.

ASTOLFO: Suspéndase, señor, el alegría;

 cese el aplauso y gusto lisonjero

 que tu mano feliz me prometía;

 que si Polonia, a quien mandar espero,

 hoy se resiste a la obediencia mía,

 es porque la merezca yo primero.

 Dadme un caballo, y de arrogancia lleno,

 rayo descienda el que blasona trueno.

Vase ASTOLFO

BASILIO: Poco reparo tiene lo infalible,

 y mucho riesgo lo previsto tiene;

 y si ha de ser, la defensa es imposible

 de quien la excusa más, más la previene.

 ¡Dura ley! ¡Fuerte caso! ¡Horror terrible!

 quien piensa que huye el riesgo, al riesgo viene;

 con lo que yo guardaba me he perdido;

 yo mismo, yo mi patria he destruído.

Sale ESTRELLA

ESTRELLA: Si tu presencia, gran señor, no trata

 de enfrenar el tumulto sucedido,

 que de uno en otro bando se dilata,

 por las calles y plazas dividido,

 verás tu reino en ondas de escarlata

 nadar, entre la púrpura teñido

 de su sangre; que ya con triste modo,

 todo es desdichas y tragedias todo.

 Tanta es la ruina de tu imperio, tanta

 la fuerza del rigor duro y sangriento,

 que visto admira, y escuchado espanta;

 el sol se turba y se embaraza el viento;

 cada piedra un pirámide levanta,

 y cada flor construye un monumento;

 cada edificio es un sepulcro altivo,

 cada soldado un esqueleto vivo.

Sale CLOTALDO

CLOTALDO: ¡Gracias a Dios que vivo a tus pies llego!

BASILIO: Clotaldo, ¿pues qué hay de Segismundo?

CLOTALDO: Que el vulgo, monstruo despeñado y ciego,

 la torre penetró, y de lo profundo

 de ella sacó su príncipe, que luego

 que vio segunda vez su honor segundo,

 valiente se mostró, diciendo fiero

 que ha de sacar al cielo verdadero.

BASILIO: Dadme un caballo, porque yo en persona

 vencer valiente a un hijo ingrato quiero;

 y en la defensa ya de mi corona,

 lo que la ciencia erró, venza el acero.

Vase el rey BASILIO

ESTRELLA: Pues yo al lado del sol seré Belona.

 Poner mi nombre junto al tuyo espero;

 que he de volar sobre tendidas alas

 a competir con la deidad de Palas.

Vase ESTRELLA, y tocan al arma. Sale ROSAURA y detiene a CLOTALDO

ROSAURA: Aunque el valor que se encierra

 en tu pecho, desde allí

 da voces, óyeme a mí,

 que yo sé que todo es guerra.

 Ya sabes que yo llegué

 pobre, humilde y desdichada

 a Polonia, y amparada

 de tu valor, en ti halle

 piedad; mandásteme, ¡ay cielos!,

 que disfrazada viviese

 en palacio, y pretendiese

 disimulando mis celos,

 guardarme de Astolfo. En fin,

 él me vio, y tanto atropella

 mi honor, que viéndome, a Estrella

 de noche habla en un jardín;

 de éste la llave he tomado,

 y te podré dar lugar

 de que en él puedas entrar

 a dar fin a mi cuidado.

 Aquí, altivo, osado y fuerte,

 volver por mi honor podrás,

 pues que ya resuelto estás

 a vengarme con su muerte.

CLOTALDO: Verdad es que me incliné

 desde el punto que te vi,

 a hacer, Rosaura, por ti

 -testigo tu llanto fue-

 cuanto mi vida pudiese.

 Lo primero que intenté

 quitarte aquel traje fue;

 porque, si Astolfo te viese,

 te viese en tu propio traje,

 sin juzgar a liviandad

 la loca temeridad

 que hace del honor ultraje.

 En este tiempo trazaba

 cómo cobrar se pudiese

 tu honor perdido, aunque fuese

 -tanto tu honor me arrestaba-

 dando muerte a Astolfo. ¡Mira

 qué caduco desvarío!

 Si bien, no siendo rey mío,

 ni me asombra ni me admira.

 Darle pensé muerte, cuando

 Segismundo pretendió

 dármela a mí, y él llegó

 su peligro atropellando,

 a hacer en defensa mía

 muestras de su voluntad,

 que fueron temeridad

 pasando de valentía.

 Pues ¿cómo yo agora -advierte-,

 teniendo alma agradecida,

 a quien me ha dado la vida

 le tengo de dar la muerte?

 Y así, entre los dos partido

 el afecto y el cuidado,

 viendo que a ti te la he dado,

 y que de él la he recibido,

 no sé a qué parte acudir,

 no sé qué parte ayudar.

 Si a ti me obligué con dar,

 de él lo estoy con recibir,

 y así, en la acción ofrece,

 nada a mi amor satisface,

 porque soy persona que hace,

 y persona que padece.

ROSAURA: No tengo que prevenir

 que en un varón singular,

 cuanto es noble acción el dar,

 es bajeza el recibir.

 Y este principio asentado,

 no has de estarle agradecido,

 supuesto que si él ha sido

 el que la vida te ha dado,

 y tú a mí, evidente cosa

 es que él forzó tu nobleza

 a que hiciese una bajeza,

 y yo una acción generosa.

 Luego estás de él ofendido,

 luego estás de mí obligado,

 supuesto que a mí me has dado

 lo que de él has recibido;

 y así debes acudir

 a mi honor en riesgo tanto,

 pues yo le prefiero, cuanto

 va de dar a recibir.

CLOTALDO: Aunque la nobleza vive

 de la parte del que da,

 el agradecerle está

 de parte del que recibe;

 y pues ya dar he sabido,

 ya tengo con nombre honroso

 el nombre de generoso;

 déjame el de agradecido,

 pues le puedo conseguir

 siendo agradecido, cuanto

 liberal, pues honra tanto

 el dar como el recibir.

ROSAURA: De ti recibí la vida,

 y tú mismo me dijiste,

 cuando la vida me diste,

 que la que estaba ofendida

 no era vida; luego yo

 nada de ti he recibido;

 pues vida no vida ha sido

 la que tu mano me dio.

 Y si debes ser primero

 liberal que agradecido

 -como de ti mismo he oído-,

 que me des la vida espero,

 que no me la has dado; y pues

 el dar engrandece más,

 sé antes liberal; serás

 agradecido después.

CLOTALDO: Vencido de tu argumento

 antes liberal seré.

 Yo, Rosaura, te daré

 mi haciendo, y en un convento

 vive; que está bien pensado

 el medio que solicito;

 pues huyendo de un delito,

 te recoges a un sagrado,

 que cuando tan dividido,

 el reino desdichas siente,

 no he de ser quien las aumente,

 habiendo noble nacido.

 Con el remedio elegido

 soy con el reino leal,

 soy contigo liberal,

 con Astolfo, agradecido;

 y así escogerle te cuadre,

 quedándose entre los dos

 que no hiciera, ¡vive Dios!,

 más, cuando fuera tu padre.

ROSAURA: Cuando tú mi padre fueras,

 sufriera esa injuria yo;

 pero no siéndolo, no.

CLOTALDO: ¿Pues qué es lo que hacer esperas?

ROSAURA: Matar al duque.

CLOTALDO: ¿Una dama

 que padres no ha conocido,

 tanto valor ha tenido?

ROSAURA: Sí.

CLOTALDO: ¿Quién te alienta?

ROSAURA: ¡Mi fama!

CLOTALDO: Mira que a Astolfo has de ver...

ROSAURA: Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO: ...tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA: ¡Vive Dios, que no ha de ser!

CLOTALDO: Es locura.

ROSAURA: Ya lo veo.

CLOTALDO: Pues véncela.

ROSAURA: No podré.

CLOTALDO: Pues perderás...

ROSAURA: Ya lo sé.

CLOTALDO: ...vida y honor.

ROSAURA: Bien lo creo.

CLOTALDO: ¿Qué intentas?

ROSAURA: Mi muerte.

CLOTALDO: Mira que ese es despecho.

ROSAURA: Es honor.

CLOTALDO: Es desatino.

ROSAURA: Es valor.

CLOTALDO: Es frenesí.

ROSAURA: Es rabia, es ira.

CLOTALDO: En fin, ¿que no se da medio

 a tu ciega pasión.

ROSAURA: No.

CLOTALDO: ¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA: Yo.

CLOTALDO: ¿No hay remedio?

ROSAURA: No hay remedio.

CLOTALDO: Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA: Perderme de otra manera.

Vase ROSAURA

CLOTALDO: Pues si has de perderte, espera,

 hija, y perdámonos todos.

Vase CLOTALDO

(Campo)

Tocan y salen, marchando, soldados, CLARÍN y SEGISMUNDO, vestido de pieles

SEGISMUNDO: Si este día me viera

 Roma en los triunfos de su edad primera,

 ¡oh cuánto se alegrara

 viendo lograr una ocasión tan rara

 de tener una fiera

 que sus grandes ejércitos rigiera,

 a cuyo altivo aliento

 fuera poca conquista el firmamento!

 Pero el vuelo abatamos,

 espíritu; no así desvanezcamos

 aqueste aplauso incierto,

 si ha de pesarme cuando esté despierto,

 de haberlo conseguido

 para haberlo perdido;

 pues mientras menos fuere,

 menos se sentirá si se perdiere.

Dentro suena un clarín

CLARÍN: En un veloz caballo

 -perdóname, que fuerza es el pintallo

 en viniéndome a cuento-,

 en quien un mapa se dibuja atento,

 pues el cuerpo es la tierra,

 el fuego el alma que en el pecho encierra,

 la espuma el mar, el aire su suspiro,

 en cuya confusión un caos admiro;

 pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento,

 monstruo es de fuego, tierra, mar y viento;

 de color remendado,

 rucio, y a su propósito rodado,

 del que bate la espuela;

 que en vez de correr, vuela;

 a tu presencia llega

 airosa una mujer.

SEGISMUNDO: Su luz me ciega.

CLARÍN: ¡Vive Dios, que es Rosaura!

Vase CLARÍN

SEGISMUNDO: El cielo a mi presencia la restaura.

Sale ROSAURA, con vaquero, espada y daga

ROSAURA: Generoso Segismundo,

 cuya majestad heroica

 sale al día de sus hechos

 de la noche de sus sombras;

 y como el mayor planeta,

 que en los brazos de la Aurora

 se restituye luciente

 a las flores y a las rosas,

 y sobre mares y montes,

 cuando coronado asoma,

 luz esparce, rayos brilla,

 cumbres baña, espumas borda;

 así amanezcas al mundo,

 luciente sol de Polonia,

 que a una mujer infelice,

 que hoy a tus plantas se arroja,

 ampares, por ser mujer

 y desdichada; dos cosas,

 que para obligar a un hombre

 que de valiente blasona,

 cualquiera de las dos basta,

 de las dos cualquiera sobra.

 Tres veces son las que ya

 me admiras, tres las que ignoras

 quién soy, pues las tres me has visto

 en diverso traje y forma.

 La primera me creíste

 varón, en la rigurosa

 prisión, donde fue tu vida

 de mis desdichas lisonja.

 La segunda me admiraste

 mujer, cuando fue la pompa

 de tu majestad un sueño,

 una fantasma, una sombra.

 La tercera es hoy, que siendo

 monstruo de una especie y otra,

 entre galas de mujer,

 armas de varón me adornan.

 Y porque, compadecido

 mejor mi amparo dispongas,

 es bien que de mis sucesos

 trágicas fortunas oigas.

 De noble madre nací

 en la corte de Moscovia,

 que, según fue desdichada,

 debió de ser muy hermosa.

 En ésta puso los ojos

 un traidor, que no le nombra

 mi voz por no conocerle,

 de cuyo valor me informa

 el mío; pues siendo objeto

 de su idea, siento agora

 no haber nacido gentil,

 para persuadirme, loca,

 a que fue algún dios de aquellos

 que en Metamorfosis lloran

 -lluvia de oro, cisne y toro-

 Dánae, Leda y Europa.

 Cuando pensé que alargaba,

 citando aleves historias,

 el discurso, halle que en él

 te he dicho en razones pocas

 que mi madre, persuadida

 a finezas amorosas,

 fue, como ninguna, bella,

 y fue infeliz como todas.

 Aquella necia disculpa

 de fe y palabra de esposa

 la alcanza tanto, que aun hoy

 el pensamiento la cobra;

 habiendo sido un tirano

 tan Eneas de su Troya,

 que la dejó hasta la espada.

 Enváinese aquí su hoja,

 que yo la desnudaré

 antes que acabe la historia.

 De éste, pues, mal dado nudo

 que ni ata ni aprisiona,

 o matrimonio o delito,

 si bien todo es una cosa,

 nací yo tan parecida,

 que fui un retrato, una copia,

 ya que en la hermosura no,

 en la dicha y en las obras;

 y así, no habré menester

 decir que, poco dichosa,

 heredera de fortunas,

 corrí con ella una propia.

 Lo más que podré decirte

 de mí, es el dueño que roba

 los trofeos de mi honor,

 los despojos de mi honra.

 Astolfo... ¡ay de mí!, al nombrarle

 se encoleriza y se enoja

 el corazón, propio efecto

 de que enemigo se nombra.

 Astolfo fue el dueño ingrato

 que, olvidado de las glorias

 -porque en un pasado amor

 se olvida hasta la memoria-,

 vino a Polonia llamado

 de su conquista famosa,

 a casarse con Estrella,

 que fue de mi ocaso antorcha.

 ¿Quién creerá que habiendo sido

 una estrella quien conforma

 dos amantes, sea una Estrella

 la que los divida agora?

 Yo ofendida, yo burlada,

 quedé triste, quedé loca,

 quedé muerta, quedé yo,

 que es decir, que quedó toda

 la confusión del infierno

 cifrada en mi Babilonia;

 y declarándome muda,

 porque hay penas y congojas

 que las dicen los afectos

 mucho mejor que la boca,

 dije mis penas callando,

 hasta que una vez a solas,

 Violante, mi madre, ¡ay cielos!,

 rompió la prisión, y en tropa

 del pecho salieron juntas,

 tropezando unas con otras.

 No me embaracé en decirlas;

 que en sabiendo una persona

 que, a quien sus flaquezas cuenta,

 ha sido cómplice en otras,

 parece que ya le hace

 la salva y le desahoga;

 que a veces el mal ejemplo

 sirve de algo. En fin, piadosa

 oyó mis quejas, y quiso

 consolarme con las propias;

 juez que ha sido delincuente,

 ¡qué fácilmente perdona!,

 y escarmentando en sí misma,

 y por negar a la ociosa

 libertad, al tiempo fácil,

 el remedio de su honra,

 no le tuvo en mis desdichas;

 por mejor consejo toma

 que le siga, y que le obligue,

 con finezas prodigiosas,

 a la deuda de mi honor;

 y para que a menos cosa

 fuese, quiso mi fortuna

 que en traje de hombre me ponga.

 Descolgó una antigua espada,

 que es ésta que ciño. Agora

 es tiempo que se desnude,

 como prometí, la hoja,

 pues confiada en sus señas,

 me dijo, "Parte a Polonia,

 y procura que te vean

 ese acero que te adorna,

 los más nobles; que en alguno

 podrá ser que hallen piadosa

 acogida tus fortunas,

 y consuelo tus congojas."

 Llegué a Polonia, en efecto;

 pasemos, pues que no importa

 el decirlo, y ya se sabe,

 que un bruto que se desboca

 me llevó a tu cueva, adonde

 tú de mirarme te asombras.

 Pasemos que allí Clotaldo

 de mi parte se apasiona,

 que pide mi vida al rey,

 que el rey mi vida le otorga,

 que, informado de quién soy,

 me persuade a que me ponga

 mi propio traje, y que sirva

 a Estrella, donde ingeniosa

 estorbé el amor de Astolfo

 y el ser Estrella su esposa.

 Pasemos que aquí me viste

 otra vez confuso, y otra

 con el traje de mujer

 confundiste entrambas formas;

 y vamos a que Clotaldo,

 persuadido a que le importa

 que se casen y que reinen

 Astolfo y Estrella hermosa,

 contra mi honor me aconseja

 que la pretensión deponga.

 Yo, viendo que tú, ¡oh valiente

 Segismundo!, a quien hoy toca

 la venganza, pues el cielo

 quiere que la cárcel rompas

 de esa rústica prisión,

 donde ha sido tu persona

 al sentimiento una fiera,

 al sufrimiento una roca,

 las armas contra tu patria

 y contra tu padre tomas,

 vengo a ayudarte, mezclando

 entre las galas costosas

 de Diana, los arneses

 de Palas, vistiendo agora,

 ya la tela y ya el acero,

 que entrambos juntos me adornan.

 Ea, pues, fuerte caudillo,

 a los dos juntos importa

 impedir y deshacer

 estas concertadas bodas:

 a mí, porque no se case

 el que mi esposo se nombra,

 y a ti, porque estando juntos

 sus dos estados, no pongan

 con más poder y más fuerza

 en duda nuestra victoria.

 Mujer, vengo a persuadirte

 al remedio de mi honra;

 y varón, vengo a alentarte

 a que cobres tu corona.

 Mujer, vengo a enternecerte

 cuando a tus plantas me ponga,

 y varón, vengo a servirte

 cuando a tus gentes socorra.

 Mujer, vengo a que me valgas

 en mi agravio y mi congoja,

 y varón, vengo a valerte

 con mi acero y mi persona.

 Y así, piensa que si hoy

 como a mujer me enamoras,

 como varón te daré

 la muerte en defensa honrosa

 de mi honor; porque he de ser,

 en su conquista amorosa,

 mujer para darte quejas,

 varón para ganar honras.

SEGISMUNDO: (Cielos, si es verdad que sueño, Aparte

 suspendedme la memoria,

 que no es posible que quepan

 en un sueño tantas cosas.

 ¡Válgame Dios, quién supiera,

 o saber salir de todas,

 o no pensar en ninguna!

 ¿Quién vio penas tan dudosas:

 Si soñé aquella grandeza

 en que me vi, ¿cómo agora

 esta mujer me refiere

 unas señas tan notorias?

 Luego fue verdad, no sueño;

 y si fue verdad -que es otra

 confusión y no menor-,

 ¿cómo mi vida le nombra

 sueño? Pues, ¿tan parecidas

 a los sueños son las glorias,

 que las verdaderas son

 tenidas por mentirosas,

 y las fingidas por ciertas?

 ¡Tan poco hay de unas a otras

 que hay cuestión sobre saber

 si lo que se ve y se goza

 es mentira o es verdad!

 ¿Tan semejante es la copia

 al original, que hay duda

 en saber si es ella propia?

 Pues si es así, y ha de verse

 desvanecida entre sombras

 la grandeza y el poder,

 la majestad, y la pompa,

 sepamos aprovechar

 este rato que nos toca,

 pues sólo se goza en ella

 lo que entre sueños se goza.

 Rosaura está en mi poder;

 su hermosura el alma adora;

 gocemos, pues, la ocasión;

 el amor las leyes rompa

 del valor y confianza

 con que a mis plantas se postra.

 Esto es sueño; y pues lo es,

 soñemos dichas agora,

 que después serán pesares.

 Mas ¡con mis razones propias

 vuelvo a convencerme a mí!

 Si es sueño, si es vanagloria,

 ¿quién por vanagloria humana

 pierde una divina gloria?

 ¿Qué pasado bien no es sueño?

 ¿Quién tuvo dichas heroicas

 que entre sí no diga, cuando

 las revuelve en su memoria:

 "sin duda que fue soñado

 cuanto vi?" Pues si esto toca

 mi desengaño, si sé

 que es el gusto llama hermosa,

 que la convierte en cenizas

 cualquiera viento que sopla,

 acudamos a lo eterno;

 que es la fama vividora

 donde ni duermen las dichas,

 ni las grandezas reposan.

 Rosaura está sin honor;

 más a un príncipe le toca

 el dar honor que quitarle.

 ¡Vive Dios!, que de su honra

 he de ser conquistador,

 antes que de mi corona.

 Huyamos de la ocasión,

 que es muy fuerte).

A un soldado

 ¡Al arma toca

 que hoy de dar la batalla,

 antes que a las negras sombras

 sepulten los rayos de oro

 entre verdinegras ondas.

ROSAURA: ¡Señor! ¿Pues así te ausentas?

 ¿Pues ni una palabra sola

 no te debe mi cuidado,

 ni merece mi congoja?

 ¿Cómo es posible, señor,

 que ni me miras ni oigas?

 ¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO: Rosaura, al honor le importa,

 por ser piadoso contigo,

 ser cruel contigo agora.

 No te responde mi voz,

 porque mi honor te responda;

 no te hablo, porque quiero

 que te hablen por mí mis obras;

 ni te miro, porque es fuerza,

 en pena tan rigurosa,

 que no mire tu hermosura

 quien ha de mirar tu honra.

Vase SEGISMUNDO

ROSAURA: ¿Qué enigmas, cielos, son éstas?

 Después de tanto pesar,

 ¡aun me queda que dudar

 con equívocas respuestas!

Sale CLARÍN

CLARÍN: ¿Señora, es hora de verte?

ROSAURA: ¡Ay, Clarín! ¿Dónde has estado?

CLARÍN: En una torre encerrado

 brujuleando mi muerte,

 si me da, o no me da;

 y a figura que me diera

 pasante quínola fuera

 mi vida; que estuve ya

 para dar un estallido.

ROSAURA: ¿Por qué?

CLARÍN: Porque sé el secreto

 de quién eres, y en efeto,

Dentro cajas

CLOTALDO ¿Pero qué ruido es éste?

ROSAURA: Qué puede ser?

CLARÍN: Que del palacio sitiado

 sale un escuadrón armado

 a resistir y vencer

 el del fiero Segismundo.

ROSAURA: ¿Pues cómo cobarde estoy,

 y ya a su lado no soy

 un escándalo del mundo,

 cuando ya tanta crueldad

 cierra sin orden ni ley?

Vase ROSAURA. Hablan dentro

UNOS: ¡Vive nuestro invicto rey!

OTROS: ¡Viva nuestra libertad!

CLARÍN: ¡La libertad y el rey vivan!

 Vivan muy enhorabuena;

 que a mí nada me da pena

 como en cuenta me reciban,

 que yo, apartado este día

 en tan grande confusión,

 haga el papel de Nerón,

 que de nada se dolía.

 Si bien me quiero doler

 de algo, y ha de ser de mí;

 escondido desde aquí

 toda la fiesta he de ver.

 El sitio es oculto y fuerte

 entre estas peñas. Pues ya

 la muerte no me hallará,

 ¡dos higas para la muerte!

Escóndese, suena ruido de armas. Salen el rey BASILIO, CLOTALDO y ASTOLFO huyendo

BASILIO: ¿Hay más infelice rey?

 ¿Hay padre más perseguido?

CLOTALDO: Ya tu ejército vencido

 baja sin tino ni ley.

ASTOLFO: Los traidores vencedores

 quedan.

BASILIO: En batallas tales

 los que vencen son leales,

 los vencidos, los traidores.

 Huyamos, Clotaldo, pues,

 del cruel, del inhumana

 rigor de un hijo tirano.

Disparan dentro y cae CLARÍN, herido, de donde está

CLARÍN: ¡Válgame el cielo!

ASTOLFO: ¿Quién es

 este infelice soldado,

 que a nuestros pies ha caído

 en sangre todo teñido?

CLARÍN: Soy un hombre desdichado,

 que por quererme guardar

 de la muerte, la busqué.

 Huyendo de ella, topé

 con ella, pues no hay lugar

 para la muerte secreto;

 de donde claro se arguye

 que quien más su efecto huye,

 es quien se llega a su efeto.

 Por eso tornad, tornad

 a la lid sangrienta luego;

 que entre las armas y el fuego

 hay mayor seguridad

 que en el monte más guardado;

 que no hay seguro camino

 a la fuerza del destino

 y a la inclemencia del hado;

 y así, aunque a libraros vais

 de la muerte con huír.

 ¡Mirad que vais a morir,

 si está de Dios que muráis!

Cae dentro

BASILIO: "¡Mirad que vais a morir

 si está de Dios que muráis!"

 Qué bien, ¡ay cielos!, persuade

 nuestro error, nuestra ignorancia

 a mayor conocimiento

 este cadáver que habla

 por la boca de una herida

 siendo el humor que desata

 sangrienta lengua que enseña

 que son diligencias vanas

 del hombre cuantas dispone

 contra mayor fuerza y causa!

 Pues yo, por librar de muertes

 y sediciones mi patria,

 vine a entregarle a los mismos

 de quien pretendí librarla.

CLOTALDO: Aunque el hado, señor, sabe

 todos los caminos, y halla

 a quien busca entre los espeso

 de las peñas, no es cristiana

 determinación decir

 que no hay reparo a su saña.

 Sí hay, que el prudente varón

 victoria del hado alcanza;

 y si no estás reservado

 de la pena y la desgracia,

 haz por donde te reserves.

ASTOLFO: Clotaldo, señor, te habla

 como prudente varón

 que madura edad alcanza;

 yo, como joven valiente.

 Entre las espesas ramas

 de ese monte está un caballo,

 veloz aborto del aura;

 huye en él, que yo entretanto

 te guardaré las espaldas.

BASILIO: Si está de Dios que yo muera,

 o si la muerte me aguarda

 aquí, hoy la quiero buscar,

 esperando cara a cara.

Tocan al arma y sale SEGISMUNDO y toda compañía

SEGISMUNDO: En lo intricado del monte,

 entre sus espesas ramas,

 el rey se esconde. ¡Seguidle!

 No quede en sus cumbres planta

 que no examine el cuidado,

 tronco a tronco, y rama a rama.

CLOTALDO: ¡Huye, señor!

BASILIO: ¿Para qué?

ASTOLFO: ¿Qué intentas?

BASILIO: Astolfo, aparta.

CLOTALDO: ¿Qué quieres?

BASILIO: Hacer, Clotaldo,

 un remedio que me falta.

A SEGISMUNDO

 Si a mí buscándome vas,

 ya estoy, príncipe, a tus plantas.

 Sea de ellas blanca alfombra

 esta nieve de mis canas.

 Pisa mi cerviz y huella

 mi corona; postra, arrastra

 mi decoro y mi respeto;

 toma de mi honor venganza,

 sírvete de mí cautivo;

 y tras prevenciones tantas,

 cumpla el hado su homenaje,

 cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO: Corte ilustre de Polonia,

 que de admiraciones tantas

 sois testigos, atended,

 que vuestro príncipe os habla.

 Lo que está determinado

 del cielo, y en azul tabla

 Dios con el dedo escribió,

 de quien son cifras y estampas

 tantos papeles azules

 que adornan letras doradas;

 nunca engañan, nunca mienten,

 porque quien miente y engaña

 es quien, para usar mal de ellas,

 las penetra y las alcanza.

 Mi padre, que está presente,

 por excusarse a la saña

 de mi condición, me hizo

 un bruto, una fiera humana;

 de suerte que, cuando yo

 por mi nobleza gallarda,

 por mi sangre generosa,

 por mi condición bizarra

 hubiera nacido dócil

 y humilde, sólo bastara

 tal género de vivir,

 tal linaje de crïanza,

 a hacer fieras mis costumbres;

 ¡qué buen modo de estorbarlas!

 Si a cualquier hombre dijesen

 "Alguna fiera inhumana

 te dará muerte," ¿escogiera

 buen remedio en despertallas

 cuando estuviesen durmiendo?

 Si dijeras: "Esta espada

 que traes ceñida, ha de ser

 quien te dé la muerte," vana

 diligencia de evitarlo

 fuera entonces desnudarla,

 y ponérsela a los pechos.

 Si dijesen: "Golfos de agua

 han de ser tu sepultura

 en monumentos de plata,"

 mal hiciera en darse al mar,

 cuando, soberbio, levanta

 rizados montes de nieve,

 de cristal crespas montañas.

 Lo mismo le ha sucedido

 que a quien, porque le amenaza

 una fiera, la despierta;

 que a quien, temiendo una espada

 la desnuda; y que a quien mueve

 las ondas de la borrasca.

 Y cuando fuera -escuchadme-

 dormida fiera mi saña,

 templada espada mi furia,

 mi rigor quieta bonanza,

 la Fortuna no se vence

 con injusticia y venganza,

 porque antes se incita más;

 y así, quien vencer aguarda

 a su fortuna, ha de ser

 con prudencia y con templanza.

 No antes de venir el daño

 se reserva ni se guarda

 quien le previene; que aunque

 puede humilde -cosa es clara-

 reservarse de él, no es

 sino después que se halla

 en la ocasión, porque aquésta

 no hay camino de estorbarla.

 Sirva de ejemplo este raro

 espectáculo, esta extraña

 admiración, este horror,

 este prodigio; pues nada

 es más, que llegar a ver

 con prevenciones tan varias,

 rendido a mis pies a mi padre

 y atropellado a un monarca.

 Sentencia del cielo fue;

 por más que quiso estorbarla

 él, no pudo; ¿y podré yo

 que soy menor en las canas,

 en el valor y en la ciencia,

 vencerla? Señor, levanta.

 Dame tu mano, que ya

 que el cielo te desengaña

 de que has errado en el modo

 de vencerle, humilde aguarda

 mi cuello a que tú te vengues;

 rendido estoy a tus plantas.

BASILIO: Hijo, que tan noble acción

 otra vez en mis entrañas

 te engendra, príncipe eres.

 A ti el laurel y la palma

 se te deben; tú venciste;

 corónente tus hazañas.

TODOS: ¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO: Pues que ya vencer aguarda

 mi valor grandes victorias,

 hoy ha de ser la más alta

 vencerme a mí. -Astolfo dé

 la mano luego a Rosaura,

 pues sabe que de su honor

 es deuda, y yo he de cobrarla.

ASTOLFO: Aunque es verdad que la debo

 obligaciones, repara

 que ella no sabe quién es;

 y es bajeza y es infamia

 casarme yo con mujer...

CLOTALDO: No prosigas, tente, aguarda;

 porque Rosaura es tan noble

 como tú, Astolfo, y mi espada

 lo defenderá en el campo;

 que es mi hija, y esto basta.

ASTOLFO: ¿Qué dices?

CLOTALDO: Que yo hasta verla

 casada, noble y honrada,

 no la quise descubrir.

 La historia de esto es muy larga;

 pero, en fin, es hija mía.

ASTOLFO: Pues, siendo así, mi palabra

 cumpliré.

SEGISMUNDO: Pues, porque Estrella

 no quede desconsolada,

 viendo que príncipe pierde

 de tanto valor y fama,

 de mi propia mano yo

 con esposo he de casarla

 que en méritos y fortuna

 si no le excede, le iguala.

 Dame la mano.

ESTRELLA: Yo gano

 en merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO: A Clotaldo, que leal

 sirvió a mi padre, le aguardan

 mis brazos, con las mercedes

 que él pidiere que le haga.

SOLDADO 1º: Si así a quien no te ha servido

 honras, ¿a mí, que fui causa

 del alboroto del reino,

 y de la torre en que estabas

 te saqué, qué me darás?

SEGISMUNDO: La torre; y porque no salgas

 de ella nunca, hasta morir

 has de estar allí con guardas;

 que el traidor no es menester

 siendo la traición pasada.

BASILIO: Tu ingenio a todos admira.

ASTOLFO: ¡Qué condición tan mudada!

ROSAURA: ¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO: ¿Qué os admira? ¿Qué os espanta,

 si fue mi maestro un sueño,

 y estoy temiendo, en mis ansias,

 que he de despertar y hallarme

 otra vez en mi cerrada

 prisión? Y cuando no sea,

 el soñarlo sólo basta;

 pues así llegué a saber

 que toda la dicha humana,

 en fin, pasa como sueño,

 y quiero hoy aprovecharla

 el tiempo que me durare,

 pidiendo de nuestras faltas

 perdón, pues de pechos nobles

 es tan propio el perdonarlas.

FIN